La merma de la sociedad indígena en Chile central y la última guerra de los Promaucaes, 1541–1558

Leonardo León

twentythree

Institute of Amerindian Studies
University of St. Andrews

La merma de la sociedad indígena en Chile central y la última guerra de los Promaucaes, 1541–1558

Leonardo León

Institute of Amerindian Studies

University of St. Andrews
St. Andrews, Scotland KY16 9AJ
Tel: (0334) 76161 ext. 233/493
Fax: (0334) 74674

ISBN 1 873617 00 3

A la memoria de mi hijo Diego León Silva
(26.XI.1983–27.XI.1983)

Indice

Foreword

With this publication the Centre of Latin American Linguistic Studies (CLALS) recommences its series of working papers under a new guise. Quechua and Amerindian Studies at the University of St Andrews are now recognised by the University Funding Council, and the Institute of Amerindian Studies continues the vision begun by the Department of Spanish in 1968 with the approval of the University Court. But it does so at a moment of great sadness, for its founder and guiding spirit for over twenty years has just died. Douglas Gifford inspired his students with his own fascination with Native and Hispanic-American languages. He saw Amerindian culture as a prism in which all could find themselves while discovering others. And he communicated this enthusiasm through his generous recognition of everyone's individuality, helping them find the thread that best flowed through their fingers to guide them in the labyrinth of life.

✲

El Instituto de Estudios Amerindios se complace en ofrecer este trabajo de Leonardo León, donde se analizan las precondiciones para la emergencia de una de las fronteras más álgidas y duraderas entre los mundos hispano y amerindio, la frontera araucana. Basándose en

testimonios tanto inéditos como publicados, León se concentra en la formación colonial del sistema de propiedad rural en Chile central mediante el aplastamiento y la desestructuración de las etnias picunche y promaucae, y su entrega en forma parcelada a los nuevos encomenderos europeos. Además, recupera para nosotros la resistencia desesperada de los grupos indígenas y de sus **lonko**, combatividad a veces soslayada mediante el estereotipo de los picunche como gente "dócil" y "mansa". Termina ofreciendo una interpretación de la sublevación encabezada por el cacique promaucae Lautaro, aliado con los araucanos del sur, que busca las razones de su fracaso en el debilitamiento previo de la sociedad nativa centrochilena. Señala también las tendencias hacia las rencillas internas que amargaron la resistencia de muchas sociedades amerindias, ganándoles la calificación de "behetrías" ("lobos monteses" en la metáfora cusqueña) desde la perspectiva tanto incaica como española.

Aquí no se percibe ningún "encuentro intercultural", como cloquean algunos organizadores de los "festejos" del Quinto Centenario del gran equívoco colombino. En este trabajo, son evidentes la avaricia y la ambición de los **supay** ("almas voraces") noratlánticos - características no desconocidas entre los pueblos nativos de América, pero que hoy en día se amplían como el combustible imprescindible del motor económico que amenaza todo nuestro habitat global. Esta verdad no cede frente a las modas ideológicas del día.

Queda la pregunta sobre la presencia de los fantasmas indígenas entre los nuevos colonos de Chile central. Pues, los muertos no siempre desaparecen: pueden adquirir una existencia fantasmal en la memoria de los vivientes, para así seguir obrando en la vida de las generaciones venideras. Esperamos que esta serie de publicaciones siga contribuyendo su granito de arena para (re)poblar esa memoria, tanto en Chile como en el resto del mundo, como parte de una amplia

búsqueda política de nuevos pluralismos étnicos, genéricos y sociales. De una forma u otra, esta búsqueda ha sido parte del CLALS también desde sus inicios.

✡

We thank the Arts and Divinity Research Council of the University of St Andrews for making possible this publication, and Graham Allan for his careful help in processing the document prior to printing.

Tristan Platt
Boarhills, Easter 1991

Introducción

"Está esta provincia de los Pormocaes que comienza de syete leguas de la ciudad de Santiago, que es una angostura y ansy le llaman los españoles estos cerros que hacen una angostura. Y aquí llegaron los yngas quando vinieron a conquistar esta tierra, y de aquí adelante no pasaron... De aquí hasta el rrio de Maule que son veinte y tres leguas, es la provincia de los Pormocaes. Es tierra de muy lindos valles y fertiles."

Gerónimo de Bibar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*, (1558) (Berlin, 1979), p. 164

"Una provincia llamada de los Paramocaes, que jamás se había rendido a los españoles...y no fué poco el contento que recibió (Valdivia) de hallar una tierra tan fértil y abundante de todas las cosas, así de mantenimiento para los hombres y pasto para los ganados como de rios, fuentes y manantiales...por lo cual los indios no se curaban antiguamente de darse a cultivar sus tierras contentándose con las aves y otros animales que cazaban, gustando más de ser flecheros que labradores,

> y así eran tan diestros en tirar de puntería, que tuvieron los españoles bien que hacer para rendirlos."
>
> Pedro Mariño de Lobera, "Crónica del Reyno de Chile escrita por el capitán P. M. de Lobera, reducida a nuevo metodo y estilo por el padre Bartolomé de Escobar (1595)", *Biblioteca de Autores Españoles* (Madrid, 1967), vol. 131, p. 264

La muerte del gobernador Pedro de Valdivia a manos de los araucanos en Tucapel a fines de 1553 y la derrota sufrida algunos días más tarde por el mariscal Francisco de Villagrá en el fuerte de Mareguano anunciaron el fin del dominio español en Chile.[1] Los exitosos guerreros de Arauco encabezados por el **toqui** Caupolicán habían conseguido una serie de victorias militares que tenía pocos paralelos en la conquista del Nuevo Mundo. Con el saqueo y destrucción de la villa de Concepción a fines de 1554 y la expulsión de los europeos hacia Chile central, el futuro del reino dependía en gran parte sobre la decisión que adoptaran los caciques mapuches de atacar Santiago.

Bajo la constante amenaza de un ataque araucano, los habitantes de Chile central observaron en 1556 una colorida columna de guerreros que cruzó los ríos Biobio y Maule con rumbo al valle de Mapocho. Su objetivo era liberar las tierras de los legendarios promaucaes. El jefe de la columna era Lautaro, uno de los principales autores de las victorias araucanas. "Mozo de caballos de Valdivia", según el cronista Mariño de Lobera, "hijo de un cacique conocido, / que a Valdivia de paje le servía..." de acuerdo con el poeta Ercilla.[2] Según diversas fuentes, Lautaro entró a la Araucanía en calidad de auxiliar de los europeos pero en el curso de la batalla de Tucapel se pasó al bando de los enemigos.

El decisivo rol jugado por Lautaro en la batalla de Tucapel le ganó

el reconocimiento de los principales caciques araucanos. Después de la batalla, señaló el cronista Bibar, Caupolicán "hizo a Lautaro, el que tengo dicho que se pasó cuando mataron al governador, su general, y le dió tres mil yndios, e no poco velicoso contra los españoles." [3] En esta nueva condición, Lautaro derrotó al mariscal Francisco de Villagra en el fuerte de Catiray-Marigueno, arrasó con la villa de Concepción, sitió el fuerte de Angol y marchó hacia el norte a liberar Chile central. La paz del reino fue amenazada, declaró un hidalgo, por "un indio capitán de las provincias de Arauco, llamado Lautaro, con cierta gente que congregó y juntó consigo, é mucha más gente que juntó por los caminos donde venían, se vino a los términos desta ciudad, asolando y matando las sementeras é ganados é indios pacíficos que servían a esta ciudad..." [4]

A pesar de su astucia como estratega y del valioso apoyo militar que le brindaron las tribus araucanas, Lautaro y sus guerreros no consiguieron expulsar a los europeos del valle central. ¿Qué factores provocaron el fracaso del líder indígena y sus aliados de Arauco? ¿Que había ocurrido en Chile central durante la década de dominación ejercida por los europeos? ¿Por qué la estrategia basada en el uso de fuertes y **pukaraes** probó ser tan desastrosa durante la última guerra de los Promaucaes? Estas son algunas de las preguntas que esperamos responder en las páginas siguientes. En otros estudios he analizado diversos aspectos de la resistencia aborigen en Chile central enfatizando la perspectiva indígena.[5] En este trabajo intento hacer una evaluación del impacto que tuvo la guerra anti-peninsular entre los naturales y su efecto sobre la campaña militar encabezada por Lautaro, entendiendo la lucha por el control del valle central como un proceso que se inició en febrero de 1541 y que terminó en las riberas del río Mataquito casi dos décadas más tarde.

No se pretende contar en estas páginas la epopeya bélica de Lautaro; esta tarea ha sido realizada con mucha más imaginación por varios autores modernos.[6] Lo que si me interesa enfatizar es que

existen numerosos testimonios que permiten reconstruir la tenaz resistencia que opusieron los naturales de Chile central a los conquistadores. Es importante subrayar este hecho porque ha prevalecido la opinión de que la conquista de Santiago se efectuó sin dificultades y se ha reforzado el mito de que los picunches se sometieron sin luchar. El picunche, escribió recientemente un autor, "no era indio belicoso sino pacífico y vivía dedicado primordialmente a la agricultura en pequeños poblados. Conoció y soportó con buen ánimo primero la invasión de los incas y luego la de los españoles..." [7] Benjamín Vicuña Mackenna escribió que los picunches eran de "índole apocada, servil y artera..." [8] Inspirado por sus prejuicios racistas, Francisco Encina manifestó más recientemente: "la energía guerrera de picunches y huilliches, era muy inferior a la araucana, no sólo de empuje y tenacidad, sino también en el desarrollo de la imaginación militar." [9] Teniendo presente estas distorsiones no causa sorpresa descubrir que la historia de los picunches y promaucaes continúe siendo ignorada; tampoco debe sorprendernos que los principales sitios arqueológicos de Chile central, en especial los magníficos **pukaraes** que abundan en la región, sean atribuidos a los incas. Los derrotados perdieron sus tierras y su libertad y más tarde se les negó su historia.

Si los picunches y promaucaes desaparecieron sin dejar mayores rastros, fue precisamente porque en sus tierras se libraron las batallas decisivas que decidieron el control inca o español del cono sur; una vez sometidos, los naturales tuvieron que generar los excedentes económicos que permitieron la expansión europea hacia la Araucanía. Los brutales efectos de la guerra y el sometimiento provocaron el rápido exterminio de las dos tribus.

Las referencias provienen de las relaciones de méritos, probanzas y pleitos de los conquistadores, las cartas de Pedro de Valdivia, las actas del cabildo de Santiago y las crónicas de la época. En la formulación de diversos juicios y conceptos, he recurrido a las obras

modernas que estudian la conquista inca y española de la región.[10] La investigación realizada en Londres y Sevilla fue llevada a cabo mientras me desempeñé como Asistente de Investigación en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Mis agradecimientos al Professor John Lynch, Jorge Hidalgo y Rubén Stehberg, por sus valiosos comentarios al original, y a Tristán Platt, Director del Institute of Amerindian Studies de la Universidad de St. Andrews, por hacer posible su publicación.

Leonardo León,
Londres, 4 de octubre 1990

modernas que estudian la conquista inca y española de la región.[1] La investigación realizada en Londres y Sevilla fue llevada a cabo mientras me desempeñé como Asistente de Investigación en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Mis agradecimientos al Professor John Lynch, Jorge Hidalgo y Rubén Stehberg, por sus valiosos comentarios al original, y a Tristán Platt, Director del Institute of Amerindian Studies de la Universidad de St Andrews, por hacer posible su publicación.

Leonardo León,
Londres, 4 de octubre 1990

1. La merma de la sociedad indígena en Chile central.

La guerra de los pukaraes

"é os hallásteis en la población de la dicha ciudad de Santiago y en su susentación y en la guerra, allanamiento, pacificación é conquista que se hizo de los naturales de los términos de la dicha ciudad de Santiago, que fué muy trabajosa é peligrosa, a cabsa de ser belicosos é dar muchas guázabaras é rencuentros é hacer muchos fuertes y albarradas..."

"Título de encomienda otorgado por el gobernador Francisco de Villagrán a Gaspar de Villarroel, Concepción, 20 de Abril de 1563", *CDIHCh*, vol. 16, p. 451

"se metió en él (fuerte de Santiago), y procuraba de bastecerle con sus largas correderías, andando siempre a las manos con los enemigos."

Antonio Herrera, *Historia General de los hechos de los*

Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano (1730), (17 Vols., Madrid, 1955), vol. 14, p. 31

La última campaña realizada por Pedro de Valdivia contra los promaucaes en 1545 produjo sin mayores batallas el dominio español de los territorios situados entre los ríos Maipo y Maule. Esta había sido la región donde con más éxito se organizó la resistencia antipeninsular desde 1541 y que sirvió de refugio a los guerreros de Aconcagua y Santiago que huyeron de los soldados europeos. Sin embargo, en el momento decisivo, los guerreros promaucaes y sus aliados abandonaron sus campos evitando la batalla final. El arribo a Santiago en 1544 de refuerzos militares y provisiones, explican en parte el éxito de los españoles en la campaña hasta el Maule pero no permiten entender la actitud derrotista asumida por los naturales. La causa de la fuga debe buscarse entre los aborígenes.

Desde los días en que los incas Tupac Inca y Huayna Capac, y más tarde los europeos, invadieron los territorios de Chile central, los nativos resistieron militarmente implementando una estrategia orientada a mantener el control de los valles y tierras bajas a través de la concentración de sus guerreros en puntos estratégicos de altura especialmente guarnecidos. Por décadas, las montañas de Santiago y sus alrededores florecieron con fuertes y poblados fortificados como nunca en su historia.

Los recursos militares y económicos provenientes de las diversas familias, linajes, clanes, tribus y federaciones tribales que se formaron en los valles, fueron desplazados hacia los fuertes para resistir a los conquistadores. Lo que perseguían los naturales era proteger a los habitantes de las tierras bajas y al mismo tiempo impedir que los ejércitos invasores tuvieran acceso a los productos de la tierra. Cuando Valdivia y sus hombres entraron al país, este tipo de guerra fortificada o de **pukaraes** tenía ya una larga historia y algunas fortalezas, como la de Angostura al sur de Santiago, gozaban de una

bien ganada fama y prestigio por su factura, emplazamiento y coraje de sus defensores.

El desplazamiento de hombres y recursos hacia las montañas era una táctica razonable, especialmente si los invasores carecían de suficientes medios propios para subsistir. En 1541, sin embargo, la mayoría de los linajes indígenas no estaban en condiciones de implementar de un modo total la estrategia de la guerra fortificada. Contra sus necesidades militares más urgentes complotaban los años de conflicto con las fuerzas incaicas y de Almagro. Asimismo, la expedición encabezada por Valdivia no se limitó a visitar el área, sino que se estableció de modo permanente en Mapocho. Si bien en la corta duración la guerra de los **pukaraes** podía ofrecer algunas ventajas, su eficiencia disminuía con el paso del tiempo; en el caso de la guerra desatada contra Valdivia la confrontación se extendió por más de cuatro años, hecho que transformó la mejor arma de los indígenas - el uso militar del medio físico - en el punto más débil de su estrategia bélica.

Desesperados por la falta de recursos y acosados por el hambre, los soldados españoles se dedicaron al asalto de los fuertes y pueblos para capturar las provisiones allí reunidas. Esta tarea de saqueo fue facilitada por la movilidad que les otorgaba la posesión exclusiva de caballos, que les permitían asaltar los fuertes antes que los aborígenes hubiesen concluido con los preparativos defensivos. La guerra alcanzó su climax después del incendio de Santiago en septiembre de 1541. "Conociendo el general las cautelas de los yndios que no los dexaban rreposar, acordo darles (en que) entender, y tomar aquello con sus españoles por principal yntento. Salió con sesenta hombres, y fue a dehazerles los pucaranes o fuerzas que los yndios tenian en sus provincias, porque de alli hazian el daño que podian y se acoxian a ellas. Y de esta suerte andavan para este efeto cotidianamente veyntecinco de a cavallo. Y pasados diez diaz y quinze bolvianse a la ciudad, y salian otros tantos con otros caudillos, y con esta diligencia

no les dexaban rreposar. Y viendo los yndios que no tenian una ora de sosyego trabaxavan de alexarse." [1]

Fue en esos días que surgió la leyenda de los **zupais**, de los incansables demonios blancos que recorrían los cuatro puntos de la tierra arrasando y robando las escasas provisiones de los aborígenes. Si en otras partes del continente los españoles emprendían sus increíbles expediciones en busca de oro, tierras y riquezas, los objetivos perseguidos por la hueste valdiviana durante este tiempo fueron más modestos y estuvieron limitados a obtener granos y alimentos. Indirectamente, el excedente económico indígena acumulado en los **pukaraes** sirvió para alimentar y renovar las fuerzas de los fatigados conquistadores. A pesar de los sacrificios que les imponía la guerra de guerrillas y los riesgos que corrían en sus incesantes 'entradas', las columnas expedicionarias españolas conseguían medios para subsistir en un medio hóstil y al mismo tiempo destruían las bases materiales sobre las que descansaba la resistencia indígena.

Pero quizás más importante que los productos que perdían en los **pukaraes**, fue el efecto dislocador que tuvo para la sociedad indígena la erección y mantención de los fuertes por un período de casi cuatro años. Como señalaron los cronistas, los jefes naturales concentraban en sus fortalezas grandes cantidades de guerreros, mujeres y niños, que debían ser alimentados recurriendo a un excedente agrícola cada vez más escaso. "Todos los caciques y naturales de la tierra", escribió Bibar, "se iban a la provincia de los Pormocaes a una fuerza que allá tenían hecha con propósito de no servir y con voluntad que, teniendo sus mugeres e hijos allí seguros, saldrían y vendrían a hacernos la guerra hasta la ciudad y matarnos las gentes que nos servía..." Con gran parte de la población reunida al amparo de las murallas de los fuertes, el número de manos dedicadas a las tareas agrícolas, a la mantención de los canales y acequias, a la recolección de frutos y raíces o a la caza y la pesca, era cada vez más insuficiente. Asimismo,

la construcción de palizadas, la cava de fosos, la erección de terraplenes, murallas y ramadas, el desvío de ríos, la fabricación de flechas y la acumulación de proyectiles y provisiones, requerían la participación masiva de los nativos provocando desplazamientos adicionales de las fuerzas económicas. La guerra fortificada requería de un alto grado de inversión de energías e imponía un severo costo económico.

Desde un punto de vista estrictamente militar, los habitantes de Chile central no desarrollaron un sistema político pan-tribal que les permitiera coordinar racionalmente el desplazamiento de sus recursos humanos y materiales. El sistema de organización política basado en las unidades familiares favorecía la guerra de guerrillas, pero en la guerra de frentes fijos desatada contra Valdivia y sus soldados, los naturales requerían la articulación táctica y estratégica de sus recursos guerreros. Con la excepción del incendio de la ciudad el 11 de septiembre de 1541, tampoco lograron los naturales trasladar el principal foco bélico a Santiago, si bien tuvieron éxito en mantener el fuerte hispano bajo sitio. En consecuencia, la falta de coordinación y movilidad expuso a los guerreros indígenas al sistemático despliegue de las fuerzas imperiales, las que con el apoyo de yanaconas y auxiliares trasladaron las hostilidades al corazón de las tierras indígenas.

Las albarradas proporcionaban una valiosa defensa contra invasiones esporádicas y en casos de hostilidades de corta duración, como ocurrió con motivo de la empresa de botín de Almagro. Pero con el arribo de los desesperados y obstinados **zupais** encabezados por Valdivia, los fuertes se convirtieron en verdaderas trampas bélicas, en los cuales los guerreros y sus familias sufrieron el impacto de la furia de los jinetes españoles y sus temibles arcabuces. Mientras los europeos movían sus fuerzas con agilidad y numerosas columnas recorrían los territorios aborígenes, los nativos se dedicaban a construir complicadas palizadas y fortalezas, que las más de las veces

ni siquieran conseguían concluir. Sin que se anunciara formalmente, la superioridad tecnológica de los europeos había declarado la guerra de los **pukaraes** obsoleta. Reacios a cambiar un anácrónico sistema de tácticas militares, los naturales facilitaron de este modo su eventual derrota.

La guerra económica.

> "No sin grande riesgo y pérdida de vidas
> asediados seis años sotuvieron
> y de incultas raíces desabridas
> los trabajados cuerpos mantuvieron..."
>
> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, Canto primero, v. 465.
>
> "Trujeron algunos yndios yanaconas cargados de maíz, los quales fueron bien rrecibidos por la buena maña que se dieron y por la hazienda que dejaron hecha porque es de tener en muy mucho a los españoles, syendo tan pocos en cantidad y tan pelegrinos y apartados de donde socorro les viniese, acometer a tanta barbárica gente y tan guerrera y salir con ellos vitoriosos y vencedores; y los naturales, estando en sus casas y en su tierra sabiendo los pasos y veredas y vados de los rríos y sotos de los montes y sendas de los bosques, salir vencidos y descalabrados. Y no pensaban que hacían poco en huyr y poderse escapar de la furia de los españoles."
>
> Bibar, *op. cit.*, p. 102.

La desarticulación de la sociedad indígena que produjo el empleo de fuertes y sitios guarnecidos fue agravada por la decisión adoptada

por los naturales de Chile central de hacer desaparecer los recursos económicos que podían contribuir a la subsistencia de los penínsulares en Santiago. Al respecto, Valdivia afirmaba en 1545 en una carta al emperador Carlos V que después del incendio de la ciudad en 1541, los naturales habían intensificado sus hostilidades "no queriendo sembrar, manteniéndose de unas cebolletas y una simiente menuda como avena...." En otra comunicación repetía: "era tanta la desverguenza de los indios que no quisieron darse a sembrar sino a nos hacer la guerra..." En la carta a sus apoderados en la corte de 1550, el general castellano reiteraba: "porque viendo que nos dábamos a sembrar, temían que no nos habíamos de volver, e por forzarnos a ello no hacían grand guerra en todo; y ellos no sembraban, manteniéndose de ciertas cebolletas é otras legumbres que produce la tierra de suyo..." [2] Bibar expresó en términos similares que desde agosto de 1541, "se apellidaron los yndios todos a una, yalzáronse de nuevo y escondieron los bastimentos y lo demás que tenían. Avian los yndios sembrado poco mayz y no como otras veces con yntención que viendo los españoles que avía poco sembrado, no aguardarían a cojer las sementeras y, viendo poco bastimento perecerían o no permanecerían en la tierra. Y si acaso quisiesen porfiar, que los matarían por una parte con la hanbre y por otra los opacarían con la guerra..." [3]

El cronista Pedro Mariño de Lobera, citando una cronología diferente, reiteró el mismo cuadro manifestando que los naturales del área "se resolvieron en que parecía más acertado el retirarse todos a los lugares más ocultos de sus tierras, donde no pudiesen dar con ellos fácilmente los españoles, dejándolos sin servicios ni mantenimientos; y no cultivando los campos, ni beneficiando las chácaras, para que desta manera les faltase totalmente el sustento, de suerte que o pereciesen de hambre, o se fuesen a buscar mantenimientos a sus patrias." [4] Al propio cronista no pasó desapercibido el doble efecto que podía tener la drástica medida adoptada por los naturales pero aseguraba que los indios la pusieron

en práctica convencidos de que los españoles no soportarían tan grandes sacrificios. "Se resolvieron en que este era el mejor ardid que se podía hallar para sus fines: y de común parecer salió decretado que cesase de todo punto cualquier género de sementera, lo cual se obedeció tan puntualmente, que vino la tierra a extrema miseria y esterilidad." [5]

La decisión de los naturales de suspender sus actividades económicas y reducir el aparato productivo tribal a un nivel de mera subsistencia no fue coyuntural, sino que se puso en práctica desde los primeros días de la fundación de Santiago. Como manifestara un soldado de la conquista, "los indios desta tierra dejaron de sembrar desde el principio que en ella entraron los cristianos..." [6] El propio Valdivia describió en una carta a Hernando de Pizarro las dificultades que encontró en su entrada al reino: "Tardé en el camino once meses y fue tanto tiempo por el trabajo en buscar las comidas que nos las tenían escondidas de manera que el diablo no las hallara..." [7] "Estuvieron al pié de cuatro años los indios ", apuntó el capitán Rodrigo de Quiroga en 1564, "y no quisieron sembrar entendiendo que de hambre se fueran y despoblaran la ciudad..." [8] En 1558, Pedro de Artaño declaró en el mismo sentido durante el proceso contra Francisco de Villagra que "también sabe é vió que en más de dos años los naturales de estas provincias no quisieron sembrar ninguna comida y se fueron a los montes y se sustentaron comiendo uvas, cebolletes silvestres é otras yerbas." [9]

La paralización de los trabajos agrícolas fue introducida por los naturales como un elemento táctico adicional en la guerra de resistencia antipeninsular. Respecto a su éxito, los indígenas contaban con la experiencia ganada con motivo de la expedición de Almagro. Gabriel de la Cruz apuntaba que "por causa de las guerras con los dichos indios, no sembraban ni hacían sementeras, pensando a que por ello se volvieran y dejaran la tierra, como ya lo había hecho Don Diego de Almagro." [10] Juan Godínez, soldado veterano de la

expedición de Almagro en 1536 y posteriormente uno de los más poderosos encomenderos de Chile central, afirmaba que los naturales se alzaron "e fisieron guerra, no sembrando, teniendo por cierto los echarían de la tierra a los dichos españoles, y así no sembraron muchos años..." [11] Describiendo el período durante el cual los indígenas rehusaron plantar sus tierras, Francisco de Riberos afirmaba que "estuvieron más de cinco años alzados sin sembrar, creyendo que pues el adelantado don Diego de Almagro se había vuelto al Perú, así había de hacer el dicho gobernador don Pedro de Valdivia..." [12]

Separados de sus fuerzas del Perú y condenados a sobrevivir en la situación de total aislamiento en que los mantenían los naturales que sitiaban Santiago, los españoles no desconocieron el papel complementario que jugó en la estrategia indígena la desesperada táctica militar. Francisco de Riberos señaló en este sentido: "dejaron los naturales de sembrar por más asedio de guerra." [13] Los naturales, apuntaba otro soldado, "no quisieron sembrar pensando que por aquella causa se fueran los cristianos..." [14] Santiago de Azócar agregaba que los aborígenes de Chile central "siempre pretendieron resistir á los cristianos y echallos de su reino, é por ello se conjuraron de no sembrar y pensando que por la dicha cabsa los cristianos se irían de la tierra..." [15] De acuerdo a Diego de Rosales, la dramática decisión fue tomada por los indígenas de Aconcagua, Limarí, Coquimbo, Illapel, Chuapa, Copiapó y Santiago. Durante una junta pan-tribal, observó el cronista, "acordaron retirar las comidas y ganados, y todas las demás alaxas a los montes, y luego hicieron fortalezas en riscos altos..." [16]

La escasez de alimentos o provisiones no forzó el retorno de los españoles hacia el Perú, pero los efectos de la guerra económica se hicieron sentir entre sus filas. Como manifestaran repetidamente los conquistadores, los días que vivieron durante el asedio de 1541-1544 fueron de hambre y miseria. "Se padecieron grandes trabajos é necesidades é riesgos de la vida" - observó Hernán Páez en la

probanza de Juan Jufré- "porque se peleaba muchas veces con los dichos indios é los españoles tenían falta de comidas, e hicieron tanta nescesidad, que se vestían de los pellejos de los animales que mataban, é se sustentaban con yerbas silvestres é regiones é comidas muy ruines, de poco provecho y mal gusto, todo á causa de no querer sembrar algunos años los indios..." [17] Pedro de León anotaba con no menos reservas: "en todas las Yndias no ha acontecido lo que en esta tierra, porque demás de las grandes guerras y guazábaras que se dieron...por no sembrar en los dichos seis años los dichos naturales fueron grandes los trabajos que se padescieron...." [18] Pedro de Herrera, otro de los compañeros de Valdivia, manifestó en 1558 que en la conquista y pacificación del valle central "se pasaron muy grandes y excesivos trabajos...porque no vino ningún socorro ni navío á esta tierra y los naturales no querían servir, porque los españoles se saliesen de esta tierra y la dejasen desamparada..." [19] Los habitantes de la ciudad, señaló Juan Carmona en 1564, vivían en tal estado de miseria durante los años de la guerra con los Promaucaes que "andaban vestidos de pellejos de zorras y de perros y de lobos marinos y de gatos..." [20]

Si la estrategia basada en el hostigamiento económico fue decisiva en la lucha contra Almagro, su impacto en la guerra contra la hueste valdiviana fue menor. El carácter colonizador de la nueva empresa y la tenacidad de los compañeros de Valdivia explican en parte la sobrevivencia de los europeos bajo tan duras condiciones. De otra parte, debe recordarse que el asedio indígena fue casi completo y cortó totalmente las comunicaciones de los peninsulares con el Perú y España; ante esta situación, aislados y hambrientos, los castellanos no tuvieron más alternativa que luchar no ya para conquistar sino para sobrevivir. Como anotara Bibar, el principal objetivo de Valdivia durante estos años fue la siembra y acumulación de granos, "porque más temia la hanbre, que no a los travajos y peligros."

Paradojalmente, la situación de miseria creada por los indígenas

en Chile central terminó por debilitar su propio poderío militar. La guerra económica fue implementada por los naturales precisamente en los momentos en que la sociedad indígena necesitaba más que nunca recursos materiales extraordinarios para sostener a los guerreros que defendían los **pukaraes**. En este período de intensa guerra, señaló Mariño de Lobera, "no estaban los indios más bien librados, porque además del hambre que también les alcanzaba, vían a los ojos que se iban menoscabando en las continuadas guerras y trabajos."

La fuga de los guerreros

> "Pues viendose en el tal acometimiento encarnizados, y viendo que avian comenzado negocio que por ninguna via podian dexar de perder las vidas, muchos de ellos desampararon sus tierras."
>
> Bibar, *op. cit.*, p. 64

Otro evento relacionado con la resistencia anti-península que destruyó la capacidad militar de los nativos y que además tuvo un serio impacto en la composición de la sociedad aborigen en Chile central, fue el éxodo protagonizado por los naturales hacia los territorios libres del sur. Después de una incesante guerra de asedio y escarmiento económico que trasladaba permanentemente el frente militar a los reductos y villorrios indígenas con sus secuelas de destrucción y muerte, la fuga de los naturales fue una de los eventos más importantes en la historia de la conquista del valle central. Este proceso de migración permitió la sobrevivencia de algunos linajes promaucaes que se asentaron al sur del río Maule, pero al mismo tiempo propinó un formidable golpe a la guerra indígena. Sin un aparato social articulado que mantuviera los esfuerzos militares y sin los guerreros que defendieran los fuertes y poblados, la derrota se hizo inevitable.

Diversos autores han descrito esta fuga, identificando por lo menos dos oleadas. Sergio Villalobos lo sitúa en el momento previo a la imposición del dominio español (1543?) observando que "los indios se retiraron a localidades apartadas, por montañas y nieves, lejos de las llanuras dominadas por la caballería. Pero colocados entre el hambre y el filo de las espadas, debieron doblegarse y bajar a servir a los invasores..." [21] Esta interpretación de los eventos recoge testimonios como el de Santiago de Azócar; describiendo las expediciones realizadas en Septiembre de 1541, el capitán hispano apuntó que los soldados "hallaron las comidas en los campos, y los naturales huyeron de sus pueblos y se ausentaron por algunos días, y al cabo de dos o tres meses, poco más o menos, después de haber envíado el dicho capitán Valdivia caudillos y gente a correr la tierra é llamarles de paz, vinieron á dar la obediencia, é dieron la paz todo lo más de la tierra é naturales della, sino fue dos del valle de Aconcagua é Chile, que estuvieron por entonces rebeldes é contumaces..." [22] En otras palabras, la fuga de los naturales hacia las montañas, habría sido un fenómeno coyuntural.

Sin embargo, de acuerdo a otros testigos, pareciera que la fuga causada por la primera entrada de los españoles fue seguida por un movimiento migratorio más sistemático. Bibar manifestó en su crónica que los promaucaes no se limitaron a abandonar sus tierras, sino que una vez asentados en sus nuevos lares procedieron a convocar a los naturales que aún permanecían en las tierras de Mapocho. "Avisavan con mensajeros secretos a los yndios de la tierra que nos servían porque más no podían por ser cercanos a la ciudad y tierra llana, que se fuesen a sus tierras de los pormocaes porque allí dezian que avía anchura para sembrar y poblar y que no nos syrviesen, que ellos se la darían de muy buena voluntad; y haciendo cuenta que no teniendo quien nos syrviese, dejaríamos la tierra y que si hasta aquel punto no lo haviamos hecho, era la causa avernos ellos servido y hecho nuestras casas y sementeras..." [23]

El objetivo de los naturales de Santiago fue establecer una alianza con los promaucaes y unidos consolidar una línea de frontera fortificada en la ribera sur del río Maipo. Cuando los penínsulares cruzaron el rio Maipo y establecieron su presencia en las provincias de los promaucaes, el saldo de la migración era significativo. Las tierras de Santiago y sus alrededores quedaron semi-vacías y las futuras encomiendas despobladas. Por sobre todo, la fuga benefició a las etnias meridionales, las que vieron engrosadas sus filas con los contingentes de guerreros veteranos provenientes del norte. Como señalaría casi un siglo más tarde Diego de Rosales, los araucanos estaban más soberbios y fuertes "por aversele ido a juntar los Promocaes con sus hijos, mujeres y familias, los quales, dejando sus antiguas moradas, se fueron huiendo del rigor de las armas españolas..." [24]

El fenómeno migratorio que provocó la derrota de Santiago entre los nativos de Mapocho y sus alrededores no pasó desapercibido a los conquistadores. Inmediatamente después del incendio de Santiago, Valdivia envió varias columnas expedicionarias a los asentamientos indígenas situados en los "términos desta ciudad...para llamar de paz a los dichos naturales rebelados é que se asentasen é estuviesen en sus casas..." [25] El capitán Rodrigo de Quiroga dió testimonio de esta fuga señalando que en las 'entradas' que le tocó comandar en 1541, los soldados a su cargo "hallaron las comidas en los campos quemados y despoblados los pueblos." [26] Pedro Gomez don Benito expresó que en el curso de estas expediciones encontraron "los pueblos de los naturales sin gente que se habían ido dellos." [27]

El despoblamiento del valle de Santiago y las regiones vecinas quedó en evidencia cuando Valdivia distribuyó a los naturales en encomiendas. Fue en ese momento cuando los europeos percibieron en toda su dimensión la descomposición que había sufrido la sociedad aborigen a consecuencias de la guerra y de la fuga de los nativos. Durante el cabildo abierto realizado en Santiago en 1542 para

distribuir a los naturales en encomiendas, el gobernador manifestó publicamente que si bien "no tenía la claridad de todos los caciques de toda la tierra, tenia en voluntad de gratificarles sus travajos en nombre de su magestad; y que sy no les dava como él deseava y tenia en voluntad y ellos merecian, lo causava estar en aquella sazon toda la tierra de guerra, que apenas ay quien syrva descubiertamente..." [28] En el título de encomienda entregado a Diego García de Cáceres, el gobernador otorgó los indios de "Millacucho, Catalquepo, Antonio, indios principales de Mapocho, de la otra parte del Maipo, que solían ser sujetos del cacique Villapara, é más el cacique llamado Laganse, con todos sus indios que son (en) tierras en los ríos Itata y BiuBiu." [29]

El éxodo de los Promaucaes y sus aliados del valle central hacia el sur no se limitó al area situada entre los ríos Aconcagua y Maule. Una vez que los penínsulares extendieron su dominio hasta el río Maule y comenzaron a penetrar los territorios meridionales, los fugados iniciaron una segunda migración. Así se desprende del título de encomienda otorgado por Valdivia a Hernando de Huelva en julio de 1552, en el cual le hizo concesión de las tribus residentes en las riberas del río Itata. "En remuneración de vuestros servicios, trabajos, pérdidas y gastos, encomiendo por la presente, de parte de S. M. en vos el dicho capitán Hernando de Huelva, los lebos dichos Otogue, Coigueco, Pelel, Viegana, é Chilean, con sus caciques nombrados Reynoguellan, Tipaxququen, Millamiral, Painelen, Catarongo, Gunachaco, Paivelerma, Guanamangua, Guelen, Basracheuque, Languaguano, Molovaveen, Tarnelo, Tarnande, Aneprelan, Caromande, Calmacheuque, con todos los demas caciques principales é no principales, con todos los indios y sujetos a estos caciques aquí nombrados, y á los que no están, como todos sean sujetos é de la parcialidad de los dichos lebos, que tienen su asiento cerca del río Itata, de la una parte y otra dél, é otros entre Itata y esta ciudad de la Concepción, para que os sirvais de todos ellos..." [30] Como entre los promaucaes, lo que quedaba de la sociedad de los naturales de Itata era el mero armazón institucional compuesto por los caciques y

algunos seguidores. El grueso de los indígenas estaban ausentes. La lista misma probablemente contenía nombres de caciques y parcialidades que no eran originarios.

La fuga de los naturales varió regionalmente, pero afectó por igual a los diferentes segmentos tribales asentados en el área central. Al mismo tiempo brindó la oportunidad a los hispanos para desplazar parcialidades completas hacia los terrenos vacos dejados tras sí por los migrantes. Así ocurrió con las tierras de Vuilquisa, en la ribera norte del río Maipo y que habían pertenecido al cacique Ellocaudi, las que fueron entregadas por Valdivia al cacique Alongomanico bajo el pretexto de "que al presente está despoblado." [31] En 1553 el cabildo de Santiago entregó a Juan Jufré las tierras situadas "en el valle que hace en medio que corre ácia los Tagua-Taguas...no estando poblado este valle y tierras." [32] No está demás señalar que los **pukaraes** de Tagua Tagua fueron los últimos reductos de resistencia promaucae y que constituyeron uno de los principales focos de refugio de la etnia a fines de 1544.

La marcha hacia las tierras libres fue quizás la reacción menos dramática de los naturales frente a la invasión europea. Mientras la mayoría huía, otros simplemente se resignaban a la muerte. Esta reacción fue común en otras regiones del continente, pero tomó lugar una vez que los naturales habían experimentado los abusos y la explotación de los encomenderos. En el valle central de Chile, los indígenas emprendieron ese camino cuando la guerra de conquista aún no concluía. Al respecto, el soldado Lope de Ayala declaraba que "los naturales estuvieron grande tiempo que no quisieron sembrar é se dejaban morir de hambre, pensando por allí echar de la tierra á los cristianos..." [33] Garcí Diaz de Castro señalaba en el mismo sentido :"se padeció grandes hambres y trabajos, por estar los naturales rebelados é alzados contra el servicio de S. M. porque entendieron echallos de la tierra, a no sembrar é dejarse padecer porque se fueran de la tierra..." [34] Un cuadro similar fue descrito sumariamente por Juan de

Almonacid quien manifestaba que "los naturales de ella se dejaban morir y no sembraron por espacio de tres años..." [35] Bibar, cuya crónica tiende a presentar una visión moderada de los hechos, manifestó que a partir de 1541 los indígenas "tenían por más seguro perder las vidas que servir a los cristianos." [36]

Después de visitar los pueblos de Santiago y La Serena, el Licenciado Hernando de Santillán corroboró en 1559 las observaciones hechas por los soldados, anotando que durante sus diligencias entre los naturales les había hecho "entender la voluntad que S.M. tiene de que sean conservados, cosa que nunca se les había dado a entender sino tratarlos como á enemigos, de lo cual estaban desesperados, que hallé por relación de personas religiosas que á sus propios hijos chiquitos las madres no les querían dar leche, y así los mataban, diciendo tener por mejor aquello que no, siendo de siete á ocho años, les quitaban los encomenderos sus hijos y hijas y se los llevaban a las minas, donde nunca más los veían ni gozaban dellos..." [37] Este texto recuerda las dramáticas páginas escritas por los frailes y laicos que defendieron los derechos de los naturales en el resto del continente e ilustra la inmensa tragedia humana que trajo consigo la implantación del dominio español en Chile central.

No es necesario enfatizar las consecuencias que tuvo la migración hacia el sur sobre la resistencia anti-española en la región. Teniendo en cuenta que la superioridad númerica era quizás el único factor que podía inclinar la balanza militar a favor de los naturales, la pérdida de los guerreros y sus familias marcó el fin de la guerra de los **lonko**. En compensación, quedaba la esperanza que los segmentos tribales fugados hacia Itata o Araucanía lograran recomponer sus fuerzas y algún día retornaran a liberar los territorios de sus antepasados. Para los nativos que permanecieron en sus tierras, se iniciaba una nueva etapa de renovadas angustias.

La caida demográfica en Chile central

El fin de la resistencia anti-española en Chile central también fue acelerado por el rápido deterioro demográfico que sufrió la población indígena. Los factores que subyacieron a la rápida despoblación de la región fueron la migración hacia el sur, las muertes provocadas por la guerra y el rol de auxiliares que jugaron en el ejército imperial los naturales sometidos.

Es importante señalar que no aparecen en las fuentes documentales referencias a una plaga o epidemia que hubiese liquidado a los naturales. Solamente en 1549 se señaló en las actas del cabildo de Santiago que el area estaba siendo afectada por una epidemia de **carache**: "se pega a todos los ganados, é aún a los caballos y yeguas e algunas personas de los naturales."[38] Bibar describe una gran epidemia de tifus y sequías en los territorios araucanos del sur entre 1554 y 1557, que habría liquidado por lo menos dos tercios de la población araucana, pero no describe sus efectos en Chile central.[39] No es improbable, sin embargo, que los habitantes de Santiago y sus alrededores hayan sufrido los efectos de las plagas europeas antes de 1536, a través del contacto con las etnias del norte.

Debido a la ausencia de fuentes más específicas, es muy difícil evaluar el impacto demográfico que tuvo la guerra y la fuga hacia el sur. De acuerdo a cálculos modernos, la población original del valle central ascendía en 1540 a 130.000 personas.[40] Para 1594, casi medio siglo más tarde, se calcula que el número total de naturales asentados entre los valles de Choapa y Maule no pasaba de 20.000 almas.[41] Según Jorge Hidalgo, el número de indígenas que cruzaron el río Maule huyendo de la furia militar hispana fueron alrededor de 25.000, particularmente guerreros y gente joven.

El reclutamiento de los naturales de Chile central en las filas del

ejército imperial fue implementado en diversas oportunidades. Bibar observó como ya en Septiembre de 1541, el **curaka** Quilicanta ofreció 400 guerreros a Valdivia para la campaña que los penínsulares planeaban contra el fuerte de Michimalonko. "Apo, syrbete de esos yndios, que bienen bien aderezados a punto de guerra, que son muy velicosos y buenos guerreros, que son del valle de Mapocho." [42] De acuerdo a Góngora y Marmolejo, uno de los sobrevivientes del desastre de Tucapel fue "un principal y señor del valle de Chile en Santiago, que se llamaba don Alonso y sirvió a Valdivia de guardarropa, que hablaba en lengua española, y de mucha razón..." [43] Durante la batalla, anotó Mariño de Lobera, los españoles contaron con el apoyo de "un buen número de indios que llevaba consigo (Valdivia) de los pueblos conquistados, cuyo capitán era el famoso Michimalongo, que había sido capitán general del ejército contrario a los mesmos españoles antes de estar la tierra asentada..." [44]

La caida de la población nativa se hizo evidente poco tiempo después de concluida la conquista militar de Chile central. En 1546 los vecinos de la ciudad presentaron un requerimiento al gobernador Valdivia argumentando: "Sabemos los pocos indios que hay, así porque al tiempo que entramos en esta tierra, en ella no había con muy grande parte tantos indios como se decía, como porque de los pocos que había han muerto muchos, a cabsa de las grandes guerras que en la conquista y pacificación de la tierra ha habido..." [45] Más adelante agregaban: "los repartimientos que agora hay son de tan pocos indios, que los más dellos son de á ciento y á cincuenta y algunos de á treinta.." No obstante, la descripción hecha por el cabildo de Santiago como una región desolada desde los primeros días de la conquista fue contradicha por otros testigos de la época. Bibar fue en ese sentido categórico al afirmar que la caida demográfica indígena fue causado por la expansión hispana y las labores en los obrajes y minas de los europeos: "No ay tanta gente en esta provincia como quando los christianos entraron en ella a causa de las guerras y alzamientos que con los españoles tuvieron. Fue parte

para desmenuyllos que, de tres partes no ay la una. Y las minas an sido también parte, que lo uno con lo otro se a juntado al destruymiento de ellos." [46]

La dimensión de la caida demográfica obligó a Valdivia a redistribuir las 60 encomiendas otorgadas en enero de 1542, a 32 en 1544. Bibar escribió al respecto: "Viendo el general que había muchos vecinos en la ciudad de Santiago y que los yndios eran pocos, y que era gran trabajo estar repartidos en sesenta vecinos, acordó por el bien de los naturales desmenuyllos en menos, e hizo treinta vecinos." [47] Como manifestara Gongora de Marmolejo, Valdivia marchó con sus soldados hacia Itata, "viendo que en los términos de Santiago no tenía indios para cumplir con todos los que consigo tenía..." [48] Solamente en 1544 el gobernador estuvo en condiciones de evaluar el quiebre demográfico sufrido por los naturales; en una carta dando cuenta de la última campaña realizada contra los promaucaes, Valdivia señaló al respecto :"conquistando la tierra trayéndola de paz, tove la relación verdadera é ví la poca gente que había."

Como lo demuestra un bando publicado en 1546, el gobernador se vió incluso obligado a incorporar en las nuevas encomiendas un considerable número de naturales ausentes. El bando aludido especificaba que "de sesenta vecinos que tenían indios de repartimiento en treinta é cinco leguas en largo, y doce o trece en ancho, que son los términos que están por su señoría señalados a esta ciudad, los ha resumido en treinta é dos vecinos, y ha repartido entre ellos, demás de los indios que hay en el dicho término, doce ó trece caciques que tienen su tierra desta parte del Itata..." [49] En otro caso de redistribución de encomiendas, Valdivia dejó en claro las razones que le movían a entregar ciertos indios a uno de sus compañeros. En el título concedido a Marcos Veas haciendo entrega del cacique Vichato, seguidor del cacique Lonkomilla, y la mitad de los aborigenes del valle de Lampa, el gobernador señaló que procedía de ese modo "porque teneis pocos indios para el tratamiento de vuestra

persona..." [50] Un descenso poblacional similar ocurrió en la encomienda de Juan Godínez en las riberas del rio Maipo; de 40 naturales que componían la encomienda original, solamente 20 sobrevivían veinte años más tarde.[51]

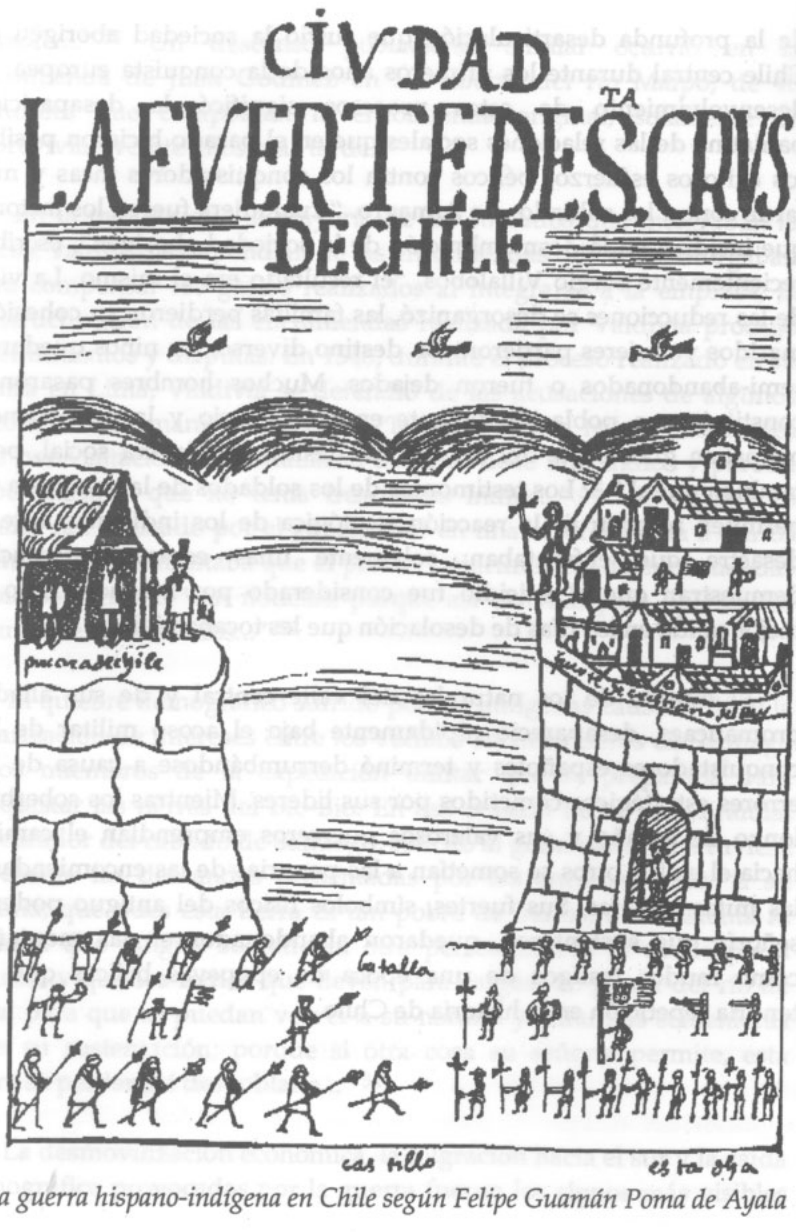
En la medida que la mayoría de los soldados que integraban la hueste valdiviana dependían de las encomiendas que se les otorgaban para compensar los gastos realizados al integrarse a la empresa, la reestructuración de las encomiendas realizada por Valdivia produjo resentimientos y disputas. En 1548, durante el proceso realizado en su contra en Lima, Valdivia se defendió de las acusaciones de algunos encomenderos manifestando que "la tierra es tan falta de naturales que por visitación no se hallaron después doce mill indios y parecía haber cacique que no tenía trescientos indios..." [52] Un argumento similar fue utilizado por el gobernador en una carta enviada a Carlos V en la cual manifestaba que el primer repartimiento de encomiendas había sido hecho "sin noticias, porque así convino para aplacar los ánimos de los soldados..." [53]

El quiebre demográfico sufrido por los indígenas causó en 1549 la polarización de intereses entre los vecinos encomenderos de Santiago y los miembros de la expedición militar que se preparaba para conquistar las tierras del Bio-Bio. En esa ocasión Pedro de Miranda, procurador del cabildo de Santiago, solicitó al gobernador que tuviese en cuenta las demandas presentadas por los encomenderos "a su señoría, que pues esta tierra es tan pobre de indios, no consienta ni permita que ningún soldado ni otra persona...lleve ni saque pieza alguna...y que los indios que lleven para cargas, no pasen del río de Itata, para que se puedan volver a su natural y curar sus sementeras para su sustentación; porque si otra cosa su señoría permite, esta tierra se perdería é despoblaría..." [54]

La desmovilización económica, la migración hacia el sur y la caida demográfica provocadas por la guerra fueron los signos más visibles

de la profunda desarticulación que sufrió la sociedad aborigen de Chile central durante los primeros años de la conquista europea. El desenvolvimiento de estos procesos significó la desaparición paulatina de las relaciones sociales que en el pasado hicieron posible los exitosos esfuerzos bélicos contra los conquistadores incas y más tarde contra los soldados de Almagro. "Cualquiera fuesen los factores que incidían en la desmembración de la sociedad aborigen", escribió recientemente Sergio Villalobos, "el resultado era el mismo. La vida de las reducciones se desorganizó, las familias perdieron su cohesión, maridos y mujeres partieron con destino diverso, los niños quedaron semi-abandonados o fueron dejados. Muchos hombres pasaron a constituir una población flotante en que el ocio y la delincuencia ocupaban gran parte del tiempo. La desintegración era social, pero también moral." [55] Los testimonios de los soldados de la conquista no permiten reconstruir la reacción sicológica de los indígenas ante el desastre que enfrentaban; solamente unas escasas referencias demuestran que el suicidio fue considerado por muchos como la mejor salida en los días de desolación que les tocaba vivir.

El mundo de los naturales del valle central y de sus aliados promaucaes, desapareció rápidamente bajo el acoso militar de los conquistadores españoles y terminó derrumbándose a causa de los errores estratégicos cometidos por sus lideres. Mientras los soberbios lonko de antaño y sus valerosos guerreros emprendían el camino hacia el exilio, otros se sometían a las penurias de las encomiendas y las mitas mineras. Sus fuertes, símbolos físicos del antiguo poder y señorío que sustentaron, quedaron abandonados en las montañas como mudos testigos de una época de epopeyas bélicas que no tendría repetición en la historia de Chile.



La guerra hispano-indígena en Chile según Felipe Guamán Poma de Ayala

2. La reconstrucción de la sociedad aborígen

La dinámica del expansionismo español descansaba sobre las continuas ambiciones de los conquistadores de continuar empujando las fronteras del imperio a su propia costa y dependía de la rápida captura de nuevas tierras, riquezas y recursos humanos que permitieran a la corona recompensar el afán privado.

En Chile, Valdivia y sus compañeros demostraron desde un comienzo que estaban dispuestos no sólo a incorporar los territorios meridionales del continente a la monarquía sino que también pretendían asentarse permanentemente en el nuevo reino. Pero la destrucción de la sociedad aborigen puso en serio peligro los planes de los europeos en la medida que sus intereses señoriales no podían ser satisfechos por la falta de naturales, ni tampoco existían suficientes recursos económicos que permitieran la acumulación necesaria de capitales para financiar la expansión hacia las tierras del sur. La presencia de un ejército humano que pudiera trabajar las minas y chacras y la disponibilidad del aparato productivo indígena eran factores fundamentales para la creación de excedentes que posibilitaran la empresa de conquista de Arauco. Sin ellos cualquier intento de expansión dependía del arribo de recursos humanos y materiales desde el Perú o España.

Después de haber sufrido bajo el implacable látigo de la guerra, y luego de haber pasado por las peores hambrunas, penurias y miserias, los aborígenes de Chile central estaban muy lejos de satisfacer las expectativas señoriales que criaron los conquistadores entre 1540 y 1544. Los lavaderos de oro, las minas de cobre, las explotaciones agrícolas y de animales, tendrían que esperar hasta que la sociedad indígena se recuperara para recibir sus contingentes de trabajadores. Más que una incorporación automática al sistema económico-social impuesto por los invasores, los indígenas debían ser integrados paulatinamente pues solamente de ese modo se podría asegurar el aprovechamiento eficiente y racional de los escasos recursos humanos disponibles.

Los antiguos enemigos debían ser tratados de un modo paternal. Como señalara Mariño de Lobera, una vez concluida la guerra contra Michimalonko, el gobernador "comenzó a dar orden en el asiento de la tierra y asentar con los indios lo que habían de hacer en el servicio personal, mandándoles que comenzasen luego a cultivar la tierra para que se abasteciese de mantenimientos en abundancia." [1] Es significativo que la principal demanda de los conquistadores consistía en el retorno de los naturales a los trabajos agrícolas. El antiguo espíritu de confrontación era reemplazado por el pragmatismo y la caridad cristiana. Esta nueva actitud se reflejó en los escritos de Bibar. Al describir la fundación de una villa española al norte de Santiago, el cronista opinaba que la nueva población serviría para ejercer dominio sobre los territorios septentrionales y que al mismo tiempo ayudaría al adoctrinamiento de los aborígenes en la fé católica. Los españoles, agregaba Bibar, debían por su parte tratar a los indígenas "moderadamente, no como bestias, syno como hombres y criaturas que Dios, nuestro señor, crió, y que se traten no como sus merecimientos y obras los merecen, syno como nosotros los españoles devemos, que es con amor y obras, se les pague buena doctrina, y deprendan alguna buena obra y policia." [2]

Una vez que se consiguió la derrota militar de los habitantes de Chile central y el indígena dejó de ser un enemigo de consideración, se reformularon los conceptos surgidos durante la guerra para crear un ambiente que estimulara la convivencia y la recuperación de la sociedad aborigen. Durante el período que duró el conflicto se hizo obvio que la sobrevivencia y reproducción del pequeño destacamento de españoles asentado en la Nueva Extremadura dependía en gran parte de la sobrevivencia de los aborígenes. Para conseguir la consolidación de su dominio del valle central y estabilizar las relaciones con los naturales, los peninsulares ocuparon rápidamente el valle central, reconocieron o legitimaron la autoridad de los nuevos **lonko** y ayudaron materialmente a reconstruir la sociedad indígena.

El fuerte del Maule y la ocupación del valle central

Tan pronto como se dieron cuenta de la fuga de los nativos de los valles de Aconcagua y Mapocho, y mientras libraban enfrentamientos contra los promaucaes, los europeos adoptaron medidas destinadas a poner fin al drenaje humano que afectaba a Chile central. Entre estas medidas, la principal fue la rápida ocupación militar del territorio situado entre Santiago y el río Maule. En julio o agosto de 1541, apenas seis meses después de fundada la ciudad, Valdivia comisionó a Pedro Gomez para que comandara una expedicion hacia las territorios ubicados en la ribera sur del río Maipo. La noche del 11 de septiembre, señaló Gomez en su Información de Servicios en 1563, "este testigo estaba...en la dicha provincia de los Pomocaes con cierta copia de gente..." [3]

Esta primera expedición fue meramente exploratoria, pero poco tiempo después los españoles retornaron a la región y fundaron un fuerte sobre el río Maule. Pedro de Villagrán, comandante del nuevo fuerte, apuntó en su Información de Servicios en 1562: "para mejor ordenar la conquista, pacificación é sustentación de la ciudad de Santiago y sus términos, el dicho gobernador don Pedro de Valdivia

mandó hazer é se hizo un fuerte en el río Maule, ques treinta é cinco leguas della, para que allí estuviesen de guarnición é frontera un capitán é soldados para que con más comodidad hiciesen la dicha conquista, porque en efeto era allí la estancia más acertada y conveniente para lo susodicho, a causa de ser aquello la más fuerza de toda esta tierra..."[4] Entre los 20 soldados del destacamento de Villagrán figuraron los veteranos Antonio de Tarabajano y Pedro de León. Refiriéndose al lapso que permanecieron en las riberas del río Maule, Tarabajano declaró que Valdivia había ordenado la construcción del fuerte " y Pucará cerca del río Maule, porques tan conveniente sitio... estuvieron allí soldados de guarnición siete o ocho meses."[5] Francisco Ponce de León describió en su declaración las acciones emprendidas desde el fuerte y como Pedro de Villagrán "padesció é tuvo grandes y excesivos trabajos por las muchas correrías quél y los que con él estaban hacían, á desbarates de fuertes é pucaráes que los naturales hacían é tenían contra ellos, etc."[6]

Instalados en el corazón mismo de las tierras de los promaucaes y aislados de las fuerzas residentes en Santiago, la estadía de Villagrán y sus hombres en la región del Maule se hizo imposible. Peor aún, en la medida que la resistencia indígena al norte de Santiago comenzaba a palidecer con la derrota de Michimalonko, Tanjalonko, Vitacura y Cateloe, el frente militar se comenzó a desplazar con renovadas energías hacia las tierras libres de los "lobos monteses", aumentando la presión sobre la pequeña guarnición del Maule.

La importancia estratégica del fuerte del Maule no era nada despreciable. Desde allí, Villagrán encabezó la primera columna hispana que alcanzó a las riberas del rio Biobio y tomó noticias de la calidad de las tierras del sur controladas por el señorío de Andalién y Reinoguelén. A su retorno, y después de informar al gobernador, Villagrán y sus hombres fueron trasladados "a la provincia de Apalta, que es diez y seis leguas más hacia la dicha ciudad de Santiago del río Maule...estuvo y sustentó la dicha guarnición de gente mucho tiempo,

haciendo desde allí como en las demás, muchas corredurías y desbarates de juntas de naturales, habiendo con ellos sobre ello muchas guazábaras y rompimientos..." Pedro de León corroboró el testimonio de Villagrán agregando que "Pedro de Valdivia le envió a mandar que con la gente que tenía se viniera al asiento de Apalta, diez y seis leguas de esta ciudad, donde el dicho Pedro de Villagrán vino, y desde allí fizo muchas correrías y desbarates de juntas de naturales, y rompió muchos pucarás de indios, á cuya causa dicha ciudad estaba quieta é pacífica..." [7]

Las expediciones militares realizadas por Villagrán contra los **pukaraes** Promaucaes fueron seguidas por la campaña de conquista encabezada por Valdivia a principios de 1544. De acuerdo a Bibar, cuando los penínsulares entraron a la provincia de los Promaucaes "toda la gente de guerra se pasó la otra vanda del rrío de Maule. Visto esto, el general corrió toda la tierra y provincia de los pormocaes. Allegó de esta vez hasta el rrío de Maule, travajando con los yndios que habían quedado y por los pueblos hallava, avisándoles que no se fuesen, y que no temiesen syno que syrviesen, que no les haría mal ni daño; y que avisasen a los demás que se viniesen a su tierra y que hiziesen sus casas y senbrasen..." [8]

A pesar de los esfuerzos hechos por Valdivia, el flujo migratorio de los promaucaes hacia el sur no cesó. Ante esta situación, el gobernador envió a Francisco de Villagra hacia "las provincias de Arauco por tierra...para que tomase lenguas y me echase los indios desta tierra hacia acá..." [9] A principios de abril, Francisco de Aguirre fue dejado entre los promaucaes "con provisión junto en un pueblo de indios porque, estando allí, no pudiesen venir los naturales a sus pueblos y vivir seguros sino fuese queriendo los naturales venir a servir." Valdivia y sus soldados no se conformaban con el mero retorno de los promaucaes a sus tierras ; lo que demandaban era el servicio personal, cada vez más indispensable, en la medida que la población indígena de la región disminuía inexorablemente.

La mera presencia de un fuerte español entre los Promaucaes no detuvo las diversas oleadas migratorias hacia el sur. En septiembre del mismo año, Valdivia dió instrucciones a Francisco de Aguirre para que con veinte hombres "fuese a la parte del sur hasta el río Maule, que es treinta leguas de la ciudad de Santiago, y que allí hiciese un fuerte y que de él corriese la tierra adentro hasta veinte leguas por tres cosas: la una, para que, si los indios Pormocaes quisiesen huir por no servir, que hallasen quien los castigase y, a los que topasen, que los constriñesen a que viniesen a sus tierras y a sus caciques a servir; de esta suerte toda la tierra recivía. La otra, porque los indios maules, viendo aquello y que les corrían la tierra, no consentirían a los Pormocaes en su tierra y ellos se sujetarían y vendrían a la obediencia."[10]

De este modo, en un proceso de expansión y dominación gradual, el ejército español se desplazaba lentamente hacia la Araucanía asegurando los territorios sometidos en la retaguardia y procurando estabilizar los últimos remanentes de la sociedad indígena. En una de sus cartas a la corte el gobernador describió los empeños que se hicieron para detener el abandono de sus tierras llevado a cabo los nativos. Describiendo sus campaña contra los promaucaes, concluía: "desde entonces tengo un capitán con gente en la provincia de Itata para que no los deje volver hacia allá..."; en otra comunicación, Valdivia identificó como comandante del fuerte español del Maule "a Francisco de Aguirre, mi capitán, desa parte del río Mauli, en la provincia de Itata, con gente que tiene aquella frontera y no da lugar que los indios de por acá pasen a la otra parte, y si los acogen los castiga..." [12]

La ocupación física de los territorios promaucaes y los esfuerzos desplegados por los españoles para detener el flujo migratorio aborigen fueron solamente partes de la estrategia diseñada por Valdivia y sus capitanes destinada a restaurar a un estado de relativa normalidad los territorios anexados al sur de Santiago. Los

penínsulares no ignoraron que el problema fundamental que afectaba a los naturales era de índole social y requería una solución que no fuese solamente represiva.

Los nuevos lonko

A pesar del cuadro desolador dejado por los testigos, es evidente que la fuga de los indígenas de Chile central no fue total. Los historiadores modernos suponen bien cuando manifiestan que la marcha hacia el sur fue realizada principalmente por los guerreros y sus mujeres. Detrás de ellos quedaron hombres, mujeres, ancianos y niños y algunos miembros del antiguo liderazgo aborígen. Estos fueron los grupos humanos que experimentaron la segunda fase de la expansión española sobre sus tierras, y que vivieron en carne propia la instauración de las encomiendas. Asimismo, estos fueron los testigos de la transformación que sufrió la política de los conquistadores de la mera confrontación hacia una actitud más pragmática y paternalista. Por su parte, la tarea que emprendieron los europeos no podía ser más formidable pues consistía nada menos que en la reconstrucción de la antigua sociedad aborígen al abrigo de las nuevas instituciones hispanas.

La sobrevivencia de la hueste valdiviana dependía en gran parte de los lazos políticos que se establecieran con los miembros de la antigua jefatura indígena. En este sentido, Valdivia procuró mantener incluso en los peores momentos de la guerra una relación de cooperación con los **lonko** locales. La consolidación de sus esfuerzos fueron facilitados por la persistencia de conflictos y disputas entre los aborígenes. Así ocurrió con el primer parlamento celebrado en Santiago en 1541, al que asistieron Quilicanta y Atepudo secundados por otros caciques comarcanos; más que auxiliar a los penínsulares, los naturales de Santiago y sus aliados cuzqueños buscaban el apoyo militar de los europeos para vencer a sus enemigos de Aconcagua. Cuando en julio de 1541 los soldados derrotaron a Michimalonko, el

gobernador evitó la humillación completa del **lonko** y se limitó a llamarlo a dar obediencia y mantenerse en paz. Según se desprende de los testimonios, no se destruyó el **pukara** de Aconcagua ni se tomaron rehenes para mantenerlos en Santiago: el poder y prestigio de Michimalonko, uno de los más poderosos señores en Chile central, se mantuvo de ese modo intacto.

El inicio de la segunda rebelión en el valle de Aconcagua, iniciada con el incendio del bergantín que se construía en la costa, provocó el cautiverio de los caciques locales. La detención de Quilicanta y sus aliados produjo la formación de una nueva alianza, esta vez entre los guerreros de Aconcagua, los naturales de Santiago y los valles del sur, y los últimos tercios imperiales incaicos. Durante la batalla librada en Santiago en septiembre de 1541, los seguidores de Michimalonko dirigieron sus fuerzas hacia los aposentos en que se mantenía preso a los caciques, buscando su liberación. Este hecho muestra que para los naturales, los antiguos **lonko** continuaban gozando del status y autoridad que requería el oficio.

El asesinato de los principales caciques y **curakas** de Santiago y sus alrededores durante la batalla de Santiago puso en serio peligro el plan del gobernador de mantener la jefatura indígena. Por este motivo, apenas concluyó la batalla, Valdivia envió cuadrillas a los territorios vecinos urgiendo a los naturales a mantenerse en calma y asentados en sus tierras. Después de concluída su segunda campaña contra los promaucaes, Valdivia envió una tercera columna contra Aconcagua, la cual capturó a Tanjalonko, señor de la mitad inferior del valle. "Luego que fue venido el cacique Tanjalongo y presentado ante el general mandole cortar los pies por la mitad. No le mataron, puesto que sus culpas lo pedian, porque hera cacique tenido, y que por su aviso y respeto podian venir muchos caciques e yndios de paz, ansy como hera parte para munillos que viniese de guerra..." La derrota de Tanjalonko produjo el descabezamiento de importantes segmentos tribales, pero Valdivia persistió en sus esfuerzos por

transformar a los **lonko** en verdaderos agentes del nuevo sistema de dominación. De acuerdo con Bibar, el maestre de campo Rodrigo de Quiroga retornó a Santiago "y llevo consygo algunos yndios y principales, los quales enbiava el general por mensajeros, despues de castigados aun asonbrados, a aquellos que andavan huydos para que bolviesen a sus casas." Un esquema similar había sido puesto en práctica durante la campaña contra el cacique Cachapoal, ocasión en que Valdivia se hizo acompañar por dos caciques promaucaes "para tratar con ellos la paz."

La continua resistencia contra los europeos produjo eventualmente la desintegración de los principales cacicazcos de Chile central. Aún más, a partir de 1542 pareciera que Valdivia decidió eliminar definitivamente los últimos remanentes del antiguo liderazgo indígena. Así, después de la batalla del **pukará** de Angostura el gobernador "dexó colgados algunos principales e yndios y lo mismo hizo fuera, para que los demas tuviesen voluntad de venir a servir y estar de paz, que les hera más sano y aun más provechoso." [13]

Sin poder contar con un interlocutor que permitiera restablecer el diálogo político con las etnias que permanecían en sus tierras, los europeos se vieron enfrentados a un problema mucho más grave: la existencia de segmentos tribales acéfalos o, en algunos casos, el surgimiento de un sistema de liderazgo dual. Tradicionalmente el dualismo había consistido en la división de valles o asentamientos en dos mitades, pero en este caso se trataba de una división provocada por el problema práctico que provocó la fuga de algunos caciques. A través del valle central emergieron los representantes de nuevos cacicazgos en reemplazo de los derrotados **lonko**.

En menos de una década el antiguo sistema de distribución del poder político y militar tribal sufrió una transformación sustancial. De una parte, surgió una nueva fuente de poder representada por la

legitimidad que otorgaban las alianzas que se establecían con los europeos y, de otra, se presenciaba la decadencia definitiva de los mecanismos tradicionales de generación de autoridad en la sociedad tribal. Los españoles no tenían otra alternativa más que intervenir directamente en la reorganización política de los cacicazgos porque la distribución de las encomiendas se hacía teniendo en cuenta los séquitos adscritos a los caciques. Con la designación de nuevos jefes también se podía contar una vez más con intermediarios naturales que actuaran de puente con la masa indígena y aseguraran su sujeción a la corona.

Interesados en estabilizar la población indígena, establecer con claridad el tamaño de las parcialidades y precisar los lazos de dependencia que existían entre los miembros de un mismo linaje, los hispanos comenzaron a reconocer la autoridad de los nuevos **lonko** en reemplazo de los caciques que se habían fugados. Este mecanismo fue utilizado por Valdivia cuando integró en un mismo depósito a los caciques Palloquierbico, Topocalma y Gualauquen " con todos sus prencipales é indios subjetos que son en la provincia de los poromaucaes, a la costa de la mar, é más por prencipales Arcanaval, Rutaucony, Arongo Milla, Quienchogare, con todos sus indios, que solían ser subjetos al cacique Lilongomoro é son en este valle de Mapocho..." [14] Dos años más tarde, Valdivia renovó el depósito de los caciques arriba mencionados, agregando a ellos "los prencipales Huminelgas y Calmalongo y Guanunabal, que se huyó muchos días de la tierra de Palloquilica, y está poblado de aquella parte de Maule..." [15] Explicando su política de desmembramiento y reorganización de los antiguos cacicazgos, el gobernador señaló en su carta al Emperador en 1545: "desmembré a los caciques para dar a cada uno quien le sirviese; y la relación que pude tener fue de cantidad de indios desde este valle de Mapocho hasta Mauli y muchos nombres de caciques; y es que, como éstos nunca han sabido servir, porque el inga no conquistó más de hasta aquí, y son behetrías, eran nombrados todos los principalejos y cada uno destos los indios

que tienen son a 20 y 30 y así los deposité después que cesó la guerra y he ido a los visitar." [16]

Para evitar disputas entre los encomenderos por la entrega de un mismo grupo de indígenas a dos o más conquistadores, Valdivia clarificó en el nuevo título concedido a Gomez que los caciques encomendados eran otorgados "con todos los indios de los dichos principales, sean subgetos de los caciques ó de otros..." En caso de una entrega dual, Gomez perdería todo derecho a posesión de los naturales en cuestión. Asimismo, el gobernador reconoció la posición de independencia alcanzada por algunos **lonko** que podían integrase a la encomienda de Gomez manifestando que si algunos de los caciques nombrados pertenecían a otras encomiendas "es mi voluntad en nombre de S.M. que no tengais derecho a ninguno a él ni a sus indios, porque desde agora los doy por apartados de su subgeción..." [17] El mismo interés por reconocer la independencia de los nuevos **lonko** y el rompimiento de los antiguos cacicazgos llevó a Valdivia a señalar con respecto a la entrega de los caciques promaucaes Marucalagua y Guandopuche al capitán Diego García Villalón que la nueva encomienda no integraría "al cacique Guandolcalqui con todos sus principales indios y sus sujetos..." [18]

En algunos casos la acción de los conquistadores llevó incluso a la formación de nuevas parcialidades. Así ocurrió con el depósito de los guerreros promaucaes del cacique Guandolcalqui, a quienes se sumaron los parciales de los caciques Quinvaulibi y Colicoli "con todos sus indios principales, que tienen su asiento donde estos otros, y más el cacique Quelangari con su pueblo Cauquin, con todos sus indios, que son en esta provincia de Mapocho, de la otra parte del Maipo, para servicio de vuestra casa..." [19] En 1548 el gobernador confirmó la encomienda con los caciques "Guandopuche, y Guandocolque y Colicoli con sus principales pueblos é indios que así os tenia encomendados con número de mil é doscientos indios..." [20] Un año antes, Valdivia otorgó en encomienda a los naturales de la

parcialidad del cacique Tipitureo decretando que el título abarcaría también "al cacique llamado Vitapandi...si acaso acertara el dicho Vitapandi á ser subjeto del cacique Tipitureo..." [21] En 1549 se aplicó un procedimiento similar en la formación de la encomienda concedida a Juan Jufré. En esa ocasión se disponía que la encomienda estaría constituída por los caciques Malti y Tocalevi " con todos indios é prencipales que tienen su asiento en las cabezadas deste valle de Mapocho, é solían ser subjetos al cacique Longomarico..." Poco años más tarde, el gobernador confirmó los términos en que había sido concedida la encomienda a Jufré, sumando los caciques Inviralongo, Pelquitarongo, Antiguano y Vandeguano " con todos sus indios que son en el valle de Mapocho y eran del cacique Longamoro." [22] Más adelante, al agregar a los caciques Aloande, Quipandi, Niticura, Quilicura y Andequina, se apuntaba que estos eran integrados "con todos sus indios é principales é subjetos, como los mandaba el cacique Chiguarua, que tienen su asiento en la dicha provincia de los Promocaes..."

En otro título de encomienda, otorgado al capitán Francisco de Aguirre en 1549, Valdivia incluyó entre los miembros originarios a los caciques Aloande, Tipande, Niticara, Quintecara y Andequina "con todos sus indios principales y subjetos, como los mandaba el cacique Agamba, que tienen todos sus asientos en las provincias de los promocaes..." [23] Diego de Velasco recibió en similares cincunstancias la encomienda compuesta por los principales "Perimalongo, Tongui, Catalandi, con todos sus indios principales y subjetos, que tienen su asiento en el valle de Mapocho y solían ser del cacique Villacura..."

El principal objetivo de la política reestructuradora de los cacicazgos llevada a cabo por el gobernador era clarificar los lazos de dependencia de los indígenas y tomar cuenta del número de seguidores de cada cacique. Sin embargo, indirectamente las autoridades españolas intervenían en los asuntos políticos internos de los naturales legitimando nuevos cacicazgos con graves consecuencias

para la sociedad aborígen. Potencialmente, siempre existía el peligro del retorno de los caciques fugados hacia los territorios libres del sur y el surgimiento de conflictos entre los genuinos representantes de los principales linajes y los caciques "suplantadores". Si ello ocurría, las disputas internas podían ser tanto o más sangrientos que la guerra de resistencia desatada contra los penínsulares. A pesar de este eventual choque, Valdivió emitió en 1546 un decreto destinado a consolidar su política "reestructuradora"; el nuevo decreto reconocía universalmente los nuevos cacicazgos al declarar que los naturales quedaban "libres de toda sujección de otros caciques cuyos han sido, para que sirvan con los indios que tuviesen sus amos..." [24]

Los nuevos **lonko** no siempre reemplazaron a caciques fugados. En 1553 Juan Fernández se presentó ante el Cabildo de Santiago con algunos jefes promaucaes entre los cuales figuraba Querepanto quien se auto-describió sujeto al cacique Guarquincheo. Guarquincheo, se tomó nota en el acta de la reunión, "manda agora los indios que eran de Gurquey, difunto..." [25]

El reemplazo de los caciques no se extendió por todos los territorios conquistados. En Aconcagua, el cacicazgo de Michimalonko y Tanjalonko, que por años representó uno de los principales y más efectivos focos de la resistencia indígena al norte de Santiago, perduró sin mayores alteraciones. En 1560, en un memorial presentado a las autoridades solicitando el cacicazgo en encomienda, se demandaba la entrega "de los caciques principales del dicho repartimiento el uno Michimalongo, con todos sus principales é indios, é la otra parcialidad que se llama el cacique principal Guatelmilla, heredero de Guandocongo, con todos sus principales..." [26] Es probable que la organización dual de este cacicazgo en la época pre-hispánica brindara mayores posibilidades de desplazamiento a los naturales y que los lazos de filiación política no hayan estado ligados a la vinculación territorial. Por esta razón, el dispersamiento territorial que acompañó a la derrota en la guerra

anti-española no alcanzó en Aconcagua los efectos desastrosos que tuvo más al sur. Otra explicación de la permanencia del cacicazgo de Aconcagua fue la entrega en encomienda de ambas parcialidades en la década del 40 al clérigo Rodrigo Gonzalez, lo que impidió la desintegración social y física del cacicazgo.

El afán demostrado por Valdivia de reconocer a los nuevos caciques obedecía tanto a razones políticas como militares. Políticamente, el surgimiento de nuevas parcialidades con uno o dos **lonko** le permitía entregar un mayor número de encomiendas a los hidalgos, eliminando de ese modo conflictos internos entre los hispanos. A pesar de que las encomiendas eran más pequeñas, la entrega de indios eliminaba las presiones que ejercían sobre el gobernador sus soldados y colaboradores. Militarmente, la legitimación de los nuevos **lonko** producía nuevas divisiones entre los naturales y debilitaba lo que quedaba de su poder militar.

Los nuevos caciques, exentos del servicio personal o del laboreo en las minas, actuaban como intermediarios entre los indígenas y los nuevos conquistadores, reproduciendo en cierta medida el sistema de intercambio social impuesto en las décadas previas por los incas con los señores locales. Al mismo tiempo, recibían a nombre de los aborígenes recursos materiales y provisiones proveídos para su subsistencia por los peninsulares, asegurándoles una posición de patronazgo. De este modo, la legitimación de los nuevos **lonko** facilitó la incorporación de los últimos segmentos tribales que quedaban en la región y aseguró la preservación del esqueleto de la antigua sociedad nativa. Sin embargo, el restablecimiento artificial de la organización política nativa estaba preñada de peligros; el más grave de todos lo constituía el quiebre final de las unidades sociales tradicionales y el surgimiento de disputas entre los antiguos jefes fugados y los nuevos **lonko**.

La reorganización de la propiedad indígena

Los esfuerzos desplegados por los europeos de reconstruir la jefatura indígena fueron acompañados por la implementación de una política adicional destinada a entregar tierras a los linajes que habían sido desposeídos a raíz de la ocupación hispana o que se habían desplazado voluntariamente en los años de conflicto. Como se ha visto, la suspensión de las tareas económicas, la migración y el trabajo en las minas y obrajes a través de las encomiendas, redujeron a los naturales a un estado de real desesperación. A ello se sumó, en más de una ocasión, el enajenamiento de las tierras ancestrales y el desplazamiento forzado de las etnias. Un caso fue el de los nativos encomendados a Pedro Gomez quienes en 1552 presentaron una solicitud al cabildo para que se les dieran "ciertas tierras que eran suyas, o otras tierras en que se puedan sustentar los indios, porque dice que sus tierras se las quitaron para dar estancia a los españoles." [27]

Para aliviar en parte la miseria que crearon en los años previos y al mismo tiempo acelerar el proceso de estabilización social y económico de los aborígenes, los españoles procedieron a otorgar tierras a las parcialidades desplazadas. En 1550 el cabildo comisionó a Juan Gomez y Pedro de Miranda para que se dirigieran "a las tierras de Quintililica, términos de esta ciudad para que en Dios y en sus conciencias den é repartan tierras a los indios del dicho capitán maese de campo Pedro de Villagrán, é con menos perjuicio de los indios de Alonso de Escobar, vecino de esta ciudad, é otros indios..." [28] El mismo año el cabildo designó dos magistrados para "dar tierras a los indios del dicho Pedro Gomez, con menos perjuicio que fuese de los caciques e indios de Bartolomé Flores..." [29] En la comisión se instruía a los magistrados que entregaran "la posesión actual corporal" de las tierras a los aborígenes, con especificación precisa de limites, "para que tengan é posean por suyas." En 1552, el cabildo se vió forzado a considerar el reasentamiento del cacique Martín, del valle de

Mapocho, que en esos momentos formaba parte de la encomienda otorgada a Juan Jufré y cuyas tierras fueron distribuidas entre los conquistadores en 1541. En primera instancia el cabildo acordó entregar tierras al cacique en su propio pueblo "con menos perjuicio de los naturales"; si las tierras eran insuficientes, continuaba el acuerdo, García Cáceres y Juan Gomez debían visitar el asiento "é tierras de Poangui, e tierra del cacique Talagante, é otras tierras vacas que estuviesen y están perdidas é le den al dicho cacique Martín para él é para sus indios para que se sustenten." [30] No obstante, no fue necesario expropiar las tierras de Puangue o Talagante. Eventualmente, el cacique Martín y su gente fueron asentados "en un pueblo de su parte del río de Maipo que se dice el asiento de Maipo, que era de los mitimaes del Inga y está despoblado." [31]

La concesión de tierras que habían pertenecido a los mitimaes incas alivió en más de una oportunidad la necesidad que existía de tierras vacas entre los indígenas. En 1553 el cabildo dispuso que se entregaran tierras a los naturales del cacique Guelenguala "junto a la dicha acequia, que solían ser de los mitimaes del Inga." Como en otros casos, Guelenguala había perdido sus tierras en el valle de Mapocho a causa de las mercedes entregadas a los hispanos. En el título de propiedad, el cabildo establecía que la entrega de tierras a Guelenguala debía hacerse "procurando que los comarcanos no reciban menoscabo." [32] Los oficiales encargados de realizar la entrega de las tierras debían hacerlo de tal manera para que "tengan los dichos indios como cosa suya propia, para ahora e para siempre jamás; pues a los dichos indios se les quitó las tierras que de antes eran suyas, para poblar esta ciudad, como dicho es."

Otro mecanismo empleado por los peninsulares para satisfacer las necesidades de los indios originarios sin tierras, fue la distribución de propiedades que pertenecían a otras parcialidades y cuyos dueños eran obligados a compartir sus propiedades. Así ocurrió con la concesión de tierras a los naturales de la encomienda de Juan Cuevas,

a los que se otorgaron terrenos pertenecientes al cacique Leumaulen, lo que se hizo "sin perjuicio notable del dicho Leumaulen, aunque las tierras son suyas, y asimismo atento a que el dicho Leumaulen, en este cabildo confirmó no tener necesidad de las dichas tierras..." [33] Quizás un compromiso similar permitió el restablecimiento de los naturales de la encomienda de Pedro Gomez en Quimamba, los que fueron asentados en los territorios situados entre los indígenas de las encomiendas de Bartolomé Flores y Pedro Gomez en las cercanías del río Claro.

La política paternalista de los españoles hacia sus antiguos enemigos incluyó también la entrega de semillas y granos para la subsistencia y siembra. Al respecto, el gobernador Valdivia manifestó en una carta a Hernando Pizarro en 1545 que "con estar ya los indios muy cansados, que más no pueden, vienen a querer servir; y hogaño han sembrado y se les ha dado trigo y maiz para que simienten y cojan para comer..." [34] Bibar corroboró lo expresado por Valdivia apuntando en su crónica: "procuró el General (Valdivia) andar en persona toda la tierra, haciendo a los naturales que servían que se asentasen e hiciesen grandes sementeras de maíz y trigo..." [35] Juan Gomez observó años más tarde como los indígenas se habían beneficiado de los trabajos agrícolas que los penínsulares mantuvieron mientras duró la guerra. Según Gomez, durante ese tiempo los naturales se sustentaban "con hierbas y otras cosas del campo, y por eso no dejaban de juntarse en fuertes en las provincias de los Promocaes, dejando su tierra é naturaleza, e que sabe que si no sembraban los dichos españoles las sementeras que hacían, viniera muy gran daño a ellos y trabajosamente se pudieran sustentar, y también ayudó mucho a los naturales que después vinieron de paz, que les fue gran socorro para que no muriesen y se sementasen de las dichas sementeras de los españoles." [36] Pedro Miranda, quien actuó como testigo en la probanza de Gomez, aseguraba que por haber estado los naturales alzados por tan largo tiempo y sin sembrar "fueron parte las dichas sementeras, después que vinieron de paz, no

muriesen de hambre, antes se les dió con que se tomaron á sustentar..." Una vez sometidos los naturales, afirmaba el clérigo Rodrigo González, los españoles les habían ayudado lo cual previno que "no muriesen muchos de hambre y se aumentasen..." [37]

El socorro prestado por los españoles a sus antiguos enemigos no podía ser más contradictorio a la luz de los abusos, atropellos e injusticias que cometían contra los habitantes originarios de Chile central. Inspirados por sus ideales cristianos y estímulados por el creciente intercambio social que mantenían con los aborígenes, sus acciones paternalistas reflejaban quizás un genuino cambio de actitud. Pero no se puede dejar sin mencionar que debido al carácter privado y capitalista de la empresa de conquista hispana, la expansión no tenía sentido si tomaba lugar sobre tierras vacías. Asimismo, en el ambiente feudal que creaba la mentalidad señorial de los conquistadores, la ausencia de hombres privaba a los soldados imperiales de uno de los principales incentivos que les traía a las tierras del Nuevo Mundo. Como bien sabían los nobles y campesinos de la península, el señorío solamente nacía del dominio y control que pudieran ejercer sobre otros hombres.

Los fabricantes de hombres

A pesar de las medidas adoptadas por los españoles para reconstruir la sociedad nativa, los promaucaes y sus aliados del norte continuaban viviendo en un estado de desorden y anarquía a fines de la década de 1550. Como en el pasado, el desorden complotaba contra la productividad de las encomiendas y el mejor aprovechamiento de los recursos materiales y humanos y era causa de "diferencias y pasiones" entre los vecinos. El punto principal de conflicto seguía siendo la afiliación real de los naturales encomendados, "por andar como andan muchos caciques, é principales e indios e indias descarriados de la sujección de sus caciques." [38]

Para restablecer cierto grado de normalidad en los cacicazgos, el cabildo envió a Juan Jufré a los pueblos de indios de Santiago y sus alrededores para que hiciera "sus informaciones cuerdamente é con menos alboroto, dándoles é adjudicándoles sus indios a las personas cuyos son..." Jufré realizó su 'visita' durante 1551 y presentó un informe al cabildo al año siguiente en el cual señaló que había logrado devolver a "cada uno lo suyo" pero que aún se quejaban algunos encomenderos "de agravios que reciben, con indios huidos que tienen de sus pueblos y caciques..."[39]

El relativo éxito alcanzado por Jufré en la realización de las instrucciones dadas por el cabildo en cuanto a clarificar la composición de las encomiendas fue seguida a fines de 1552 por una nueva comisión, esta vez otorgada por Valdivia, para que restaurara el orden social entre los promaucaes. En su cédula el gobernador resumió la situación de desorden que imperaba en las encomiendas, el peligro que este desorden representaba para la continuación del domino español en la región y la necesidad que existía de tomar las más drásticas medidas para concluir definitivamente con la anarquía. Por su calidad es necesario citar la cédula en extenso: "Por quanto los caciques principales é indios questán encomendados por mis cédulas en los vecinos desta cibdad de Santiago, perseveran siempre en su bestialidad, huyéndose de sus pueblos y metiéndose unos entre otros, en pueblos agenos, de que viene gran incoveniente a los dichos vecinos en no se servir cada uno de lo que es suyo, é para esto hay necesidad proveer de un capitán que sea persona de prudencia y expiriencia que tenga cuidado dello é pueda mandar a los naturales que cada uno vaya a servir a su amo a su pueblo y salgan de los pueblos agenos donde estuviesen escondidos é huidos, y en caso de no cumplir lo que conforme a justicia é razón le paresciere mandarles á é conviene, los pueda apremiar y castigar, mandándolos apalear é cortar miembros, quemar é ahorcar, é los demás castigos que viere ser justo e convenir y ser justo que se les dé, por no guardar la orden que en este caso se les mandare...para que podáis poner orden y razón en

lo que toca á los caciques prencipales é indios questán encomendados á los vecinos desta dicha ciudad y sus términos é jurisdicción, para que los podáis mandar ir a sus pueblos a servir a sus amos, y de caso de no lo hacer conforme é como se los mandáredes y os paresciere ser razón é justicia, los podáis castigar como tal mi capitán, sin hacer probanza por escripto ante escribano, sino de palabra, porque así conviene hacerse, a causa de la bestialidad destos dichos pueblos, sin que incurráis en pena ninguna por el castigo o efusión de sangre que así mandáredes facer en algun natural ó naturales; é para que hagais con aquella prudencia é moderación todo lo que aquí se os encarga la conciencia, para que como hijodalgo siempre useís del menor rigor que fuere posible... pues sabeis el amor que yo tengo a los naturales..." 40

La extraordinaria comisión otorgada a Jufré reflejaba una mentalidad desesperada que a costa de vidas pretendía regularizar las relaciones sociales entre los indígenas de Chile central. No obstante, en el contexto de los acontecimientos que tomaron lugar en la región desde 1541, las dramáticas disposiciones adoptadas por el gobernador parecían ser el único remedio contra la catastrófica situación en que se hallaban los indígenas. Apenas una semana más tarde, Valdivia reforzó la cédula otorgada a Jufré ampliando sus poderes para que suprimiera los brotes de hechicería que surgían entre los naturales. "Como sabeis, entre los naturales questán repartidos a los vecinos desta dicha ciudad hay muy gran bestialidad, matándose con **hambi**, malas yerbas é hechicerías unos á otros, é aunque sobre este caso han sido molestados y castigados, perseveran en su irrónea, é porque la justicia desta dibcha cibdad nombrarán persona que entienda en el castigo desto, é vos habeis de andar por los pueblos de los caciques, aquellos indios de unos no se huyan en los pueblos de los otros é teneis comisión mía para poner remedio en esto..." 41

La elección de Jufré para que llevara a cabo una tarea tan sensible no fue arbitraria. Jufré se había distinguido por los servicios que

prestó durante la guerra de conquista y se había transformado en uno de los más poderosos encomenderos entre los promaucaes. Bajo su tutela se hallaban los cacicazgos de Tipitureo, Guaquilla, Tipandi, Arongoante, Millanabal, Quidetuy, Calquimarongo, Catearongo, Curipillán y Nancoande. Describiendo la comisión que le otorgara Valdivia, Jufré dejó en su probanza una detallada cuenta de las tareas que le tocó ejecutar: "los fizo juntar en pueblos y que sembrasen y guardasen sus comidas para su año y que viniesen de paz, encaminándolos al ser de hombres, en lo cual se ocupó, mucho tiempo é padeció gran trabajo, porque los dichos indios eran gente muy bárbara y que todos andaban desnudos y les faltaba orden de justicia y vida pública, y después han gozado de la quietud y están ricos." [42] Diego Diaz declaró en la probanza de Jufré que las tareas realizadas por el capitán fueron de consideración "a causa de ser en aquel tiempo los indios de las provincias de los Promocaes gentes de behetrías y sin orden..."

La persistencia de las disputas entre los encomenderos por la tutela de los naturales y el rápido deterioro de la población aborigen obligó a Valdivia a promulgar un decreto "reestructurador" en 1553, estableciendo un nuevo procedimiento para los pleitos sobre indios. "Por cuanto entre los dichos vecinos comienzan a se mover muchos pleitos y discusiones sobre los indios naturales que los tales vecinos tienen encomendados, de que Dios Nuestro señor y Su Majestad en su nombre se tienen por muy deservidos, y entre sus vasallos se podría recrecer escándalos y perturbaciones en las repúblicas, y los dichos naturales a esta causa ser maltratatdos, distraidos, disipados, desasosegados en sus casas y natural; e porque a mí en nombre de Su Majestad me convienen, para saneamiento de su real conciencia y mía y beneficio de todo lo dicho, proveer de remedio antes que este inconveniente venga en crecimiento, a causa de ser tierra de behetrías, y los indios reconocen poca sujeción a los caciques, y ser por sí muchos principales con sus indios, que acaso se nombran sujetos de otoros caciques al principio y se hallan andando el tiempo no serlo, y

cuando se tienen más lumbre y se alcanza a saber más parte de sus costumbres y manera de su vivir y sujeción."[43]

Lo más significativo del decreto de Valdivia es que fue promulgado tantos años después de finalizada la conquista, en una epoca en que se podía esperar que el desorden y la anarquía de los primeros años fuesen cosas del pasado. Si bien los españoles podían atribuir la desintegración de los cacicazgos a los 'usos' y 'costumbres' de los naturales, era mucho más difícil para ellos reconocer el rol que habían jugado en la desorganización de la sociedad nativa.

3. La política del despojo y el abuso

> "Quando entramos en esta tierra los españoles avia ganado, aunque no mucho, y con las guerras se an acavado, por lo qual no ay agora ninguno qual o qual, porque donde entran los españoles, especialmente en conquistas, son como langostas en los panes."
>
> Bibar, *op. cit.*, p. 186

La política reestructuradora puesta en práctica por las autoridades españolas para impedir el colapso total de la sociedad indígena de Chile central fue llevada a cabo mientras los naturales sufrían la brutalidad asociada con la formación de la propiedad territorial hispana. Como en otras regiones del continente, los españoles ganaron acceso a la tierra a costa de los terrenos que de antiguo pertenecían a los aborígenes.

La constitución de la propiedad rural tuvo lugar en Chile central después de la instauración de las encomiendas y una vez que los habitantes originales habían sido militarmente derrotados. En este contexto, los encomenderos tenían particular interés en aclarar los lazos de afiliación de los indígenas repartidos, en la medida que la

posesión de los naturales en encomiendas era el primer paso en el acceso a sus tierras. Un evento que facilitó el traspaso de las tierras de los aborígenes a sus encomenderos fue la gran cantidad de terrenos que fueron abandonados por los naturales debido a las obligaciones que les imponía el servicio personal o el laboreo en las minas. Así, en el título otorgado por el cabildo a Joan de Cabrera en 1547, se señalaba que las tierras concedidas estaban situadas en "un valle que se llama Bombancagua, adonde solía estar un pueblo de guanaqueros." [1] El mismo día el cabildo entregó tierras a Diego Oro "en las tierras que solían ser del cacique Apochame, adonde solía estar un pueblo del dicho cacique...". Un año antes, el cabildo tomó posesión de las tierras de pastoreo que habían sido del cacique Guaraguara, señalando que se tomaba propiedad "de todas ellas así como son é las tenía el dicho cacique..." [2] En términos similares, el gobernador ofreció en 1552 "las aguas y tierras donde solía estar poblado un pueblo de indios, y ahora está despoblado..." en Valparaíso, para que se instalara un vecino en el lugar.[3] En los casos citados, las autoridades tenían cierto conocimiento de los ocupantes originales si bien no entregaron detalles respecto a las razones que causaron el desalojo de las tierras.

Una situación similar de despojo de tierras se registró al sur de Santiago. En 1549, el cabildo se otorgó el monopolio de la explotación de los bosques que estaban situados "en toda la tierra que era del cacique Millacaza, que era del Maipo y de toda su ribera desde la sierra hasta la mar." [4] Es díficil saber si Millacaza y su gente abandonaron sus tierras o si fueron removidos de ellas para trabajar en las minas o haciendas de los penínsulares. La misma incertidumbre deja el título concedido a Juan Gomez sobre las tierras de Cailloa "que solían ser de Quinellanga." [5]

Una vez que se consolidó el poder penínsular en la región norte del valle central, los soldados -conquistadores comenzaron a demandar la propiedad de las tierras ocupadas por los caciques de sus encomiendas. En 1553 Juan Cuevas solicitó al cabildo que se le

hiciera entrega "del pueblo que se dice Ranguelpaico, que es del cacique Leumoulen..."[6] El mismo día Pedro de Miranda, Pedro de Gomez y Alonso de Cordoba solicitaron las tierras de Huechuraba, Cachapoal y Talagante respectivamente.

La doble filiación de los indios de encomienda a dos o más cacicazgos también produjo disputas respecto al derecho de acceso que tenían los españoles a sus tierras. Ginés de Lillo presentó interesantes testimonios sobre un pleito de tierras en las encomiendas de Colina y Lampa, durante el cual los respectivos encomenderos recurrieron a los ancianos del lugar para legitimar la ocupación de las tierras del valle de Liray. Estas tierras, señaló el testigo indígena Quiñalpangue, "siempre ha conocido por de los indios y caciques del dicho pueblo de Colina y en ellas han vivido los susodichos y tenido sus ganados y debajo de los límites que tiene declarados jamás han pasado los indios de Lampa ni tomado pesadumbre con los de Colina..." [7] Otro testigo indígena afirmaba que las tierras de Liray "pertenecen a los indios y pueblo de Colina, los cuales siempre las han sembrado y vivido en ellas y tenido sus ganados como cosa suya por lo cual los dichos indios del dicho pueblo de Lampa nunca las han ocupado porque no son suyas." El testimonio de los indígenas sobre el uso exclusivo de Liray de parte de los naturales de Colina no estaba dirigido a proteger el derecho de los aborigenes a continuar la explotación de la tierra; lo que se perseguía era legitimar la vinculación del valle de Liray a las encomiendas hispanas.

En más de una oportunidad la presión por tierras ejercida por los europeos y la necesidad de hacer justicia a los naturales produjo situaciones contradictorias. En 1547 el cabildo acordó entregar tierras a Pedro de Villagrán "para una estancia de pasto y labor en la ribera de Maipo, en las tierras de Guachinpilla, cacique de Marcos Veas."[8] Después de considerar el caso, las tierras no fueron otorgadas a Villagrán "por ser en perjuicio de los naturales, y (estar situadas) en las tierras de los indios del repartimiento del dicho Marcos Veas".

Ejerciendo el máximo de equanimidad, las tierras fueron otorgadas a Veas.

La mentalidad paternalista que inspiró el pragmatismo y las necesidades que imponía la restauración de la fuerza de trabajo indígena en Chile central no fue un evento permanente. Apenas treinta años más tarde, en 1577, se registraban en Chile los atropellos, ultrajos y sobre-explotación que en las décadas previas habían inspirado la fiera polémica de Indias. Pedro Sarmiento de Gamboa observaba en un documento de su *Visita* a los naturales del país: "por quanto por espiriencia se ha visto que de tener los vecinos encomenderos en su poder y administración los indios de sus encomiendas han sido y son los dichos indios muy vejados, y se han disminuido y muerto mucha parte dellos por los excesivos trabajos que les han dado; por tanto, por la presente mando a todos los vecinos encomenderos de indios desta ciudad de Santiago...no sean osados publica ni secretamente por sí ni por interpósitos personas entrar en los pueblos de sus repartimientos y encomiendas ni servirse de indio ni india alguno dellos sin licencia espresa mía..." [9]

La merma de la población indígena a causa de las migraciones y las guerras fue agravado cuando los naturales sometidos fueron entregados en encomienda. El peor instrumento de destrucción fue el traslado forzoso de los aborígenes para servir en las casas de sus encomenderos o para trabajar en los obrajes o minas. Así ocurrió en el caso de la encomienda de Antonio de Tarabajano la cual, entregada en 1542, fue retirada por Valdivia en 1543 para recompensar los servicios de Francisco de Aguirre. A raíz de este traspaso, Tarabajano acusó al gobernador de nepotismo y denunció en una Información levantada en 1555 el estado de miseria en que se encontraban los indios de los caciques Aloande, Tunapande y Maquindoande, originarios del valle de Mapocho. "El tiempo que fuí desposeído, los dichos indios estaban ricos y bien poblados y sustentados y era en cantidad de indios; é si saben que agora, por malos tratamientos y por haber sacado el dicho

capitán Francisco de Aguirre por sus criados, en su nombre, cantidad sacándolos de su natural y los llevó y los tiene consigo en la ciudad de La Serena, sacando oro, de cuya causa los dichos caciques e indios están perdidos y desipados y muertos..." [10] Francisco de Villagra concurrió con Tarabajano y afirmó en su declaración que "al presente está el dicho cacique Aloande y sus indios muy desipados, y menos de los que solían ser, con más de la mitad menos..." Una situación similar ocurrió en otra encomienda de Tarabajano entre los indios de Rapel y Topacalma. Estos naturales fueron quitados a Pedro Gomez y entregados a Tarabajano durante la administración de García Hurtado de Mendoza " por haber el dicho Juan Gomez asolado y destruido a los dichos indios..." [11]

La desmovilización causada por el trabajo en las minas se inició después de la derrota del **pukara** de Michimalonko en Aconcagua. En esa oportunidad más de 600 naturales fueron enviados a servir en las minas de Marga Marga, situadas en la costa. La primera **mita** indígena en Chile central fue regularizada en los años siguientes, con un continuo envio de naturales hacia la costa, contándose en sus filas hombres y mujeres. Mariño de Lobera observó que uno de los principales encomenderos que se suscribieron a la mita fue Rodrigo de Quiroga, quien enviaba 600 aborigenes a trabajar por rotas de ocho meses en los lavaderos de oro. "Y a este paso iban los demás encomenderos con notabilísimos detrimentos de los cuerpos y almas de los desventurados naturales." [12] El papel jugado por los naturales de Santiago en la exitosa explotación de Marga-Marga les convirtió en valiosos instrumentos de creación de riquezas mineras en otras regiones del país. De acuerdo a Góngora y Marmolejo, la explotación de oro en las cercanías de Angol, en la Araucanía, fue llevada a cabo con "yanaconas que lo habían sacado en las minas de Santiago." [13]

Otro mecanismo de destrucción de los naturales fue el desplazamiento forzado de las etnias, obedeciendo los intereses económicos de los encomenderos. Como lo reconoció el gobernador

en el título de encomienda otorgado a Francisco Hernando de Gallego haciendo entrega de la mitad del valle de Lampa, los efectos de previas medidas habían provocado el virtual desmembramiento de la parcialidad En el título se especificaba que la encomienda consistía en "la mitad del valle dicho de Lampa é con la mitad de los caciques é principales indios e subjetos del dicho valle, donde quiera que estén los dichos caciques, atento a que yo los había mudado del valle de Chile..." [14]

La entrega de diferentes parcialidades a un mismo encomendero también creó confusión y produjo la destrucción de los naturales. Juan de Cuevas, por ejemplo, gozó en encomienda a los caciques Andegauleu, Guamizalvi y Ibimalongo, en Santiago, Huechuraba del valle de Mapocho, Curiomilla y Longomilla de las riberas del Maule, Guarongo, Macohuano, Arongomanique y Gatuyavi de la región del sur del Maule y Curanaval y Paniarongo de los Promaucaes. Esta dispersión, agravada por la constante necesidad de mano de obra en que se encontraban los encomenderos para operar sus haciendas y sus solares en la ciudad, facilitaba el desplazamiento de los naturales y provocaba su eventual desarraigo.

Para los españoles era difícil aceptar que la dominación que ejercían sobre los naturales fuera la causa de tantas desgracias, fugas y muertes prematuras. Los indígenas eran responsables de la situación en que se encontraban. Así lo expresó implicitamente Valdivia cuando nombró a Juan Lopez alcalde de la mina de Marga-Marga y le recomendó que ejerciera su autoridad "porque conoceis los indios naturales cuán mentirosos son e huídos, no por el mal tratamiento que ahí se les hace, ni trabajos excesivos que se les dan en el sacar del oro, ni por falta de mantenimientos que tengan, sino por ser bellacos y en todo mal inclinados." [15] El propio gobernador encabezó numerosas expediciones 'correctivas' contra los aborígenes que insistían en huir de sus tierras o se negaban a trabajar para los europeos. Durante los primeros años de la ciudad, observó Bibar, Valdivia se dedicó a

"paziguarlos del todo, porque avia algunos caciques que no serbian bien a sus amos, y sabiendo de alguno que se hazia contumaz, amanecia el general en su pueblo con treynta de a cavallo, y castigava sy hera menester, y haziale servir. Y esto hazia con toda diligencia y solicitud que hera posyble y mas conveniente." [16]

La guerra araucana en el sur y el surgimiento de focos rebeldes en el norte creaba situaciones en que los naturales de las provincias sometidas eran expuestos nuevamente a la violencia de los peninsulares. En 1549, con motivo del rebrote de la guerra en Copiapó y Coquimbo, las autoridades ordenaron el arresto de los principales caciques de Chili y Mapocho. Al mismo tiempo se comisionó a Juan Gomez como Teniente de Guerra y se le autorizó para que "pueda tomar cualquier indio de cualquier repartimiento ahora sea de paz o de guerra, y lo atormenten y quemen para saber lo que conviene, sin que de ello ahora ni en tiempo alguno se le pueda pedir ni tomar cuenta; por cuanto así conviene se haga al servicio de Dios Nuestro Señor, y al bien y sustentación de esta tierra." [17]

La sociedad indígena de Chile central se encontraba a principios de la década de 1550 en un estado de virtual colapso. Militarmente derrotados, economicamente en ruinas y socialmente desarticulados, los promaucaes se asemejaban cada vez más al antiguo concepto de 'lobos monteses" que acuñaron los cuzqueños y que adoptaron más tarde los europeos. La fuga hacia el sur, el desarraigo y la movilización forzada a las minas y obrajes complotaban contra la reproducción del antiguo sistema de vida tribal y eliminaban de raíz los diferentes mecanismos de cohesión que habían mantenido unido en el pasado a los diferentes segmentos sociales. Cada linaje desarrollaba su estrategia individual de sobrevivencia perdiéndose el espíritu de cooperación y solidaridad que había permitido en los años previos la formación de grandes confederaciones tribales. El efecto que tenían las convocatorias realizadas por los promaucaes no tuvieron mayores efectos entre los naturales de Santiago, señaló Bibar,

"porque no hera de su mano de los pocos que servyan, porque tenian por mas seguro partydo syrviendo gozar de su tierra y natural, y salvos de no ser perseguidos y muertos ellos y sus mujeres e hijos." [18] La feroz represión desatada desde 1541 dió los resultados esperados.

Las antiguas instancias de poder representada por los **lonko** y caciques había sido reemplazada por un nuevo liderazgo que surgía a partir de la legitimidad que otorgaban los hispanos. En la medida que este poder no era una expresión de los mecanismos tradicionales de generación de autoridad y status, su mera existencia creaba las condiciones apropiadas para el surgimiento de conflictos internos y disputas. La hora de la alienación total de los habitantes de Chile central había llegado.

Como en el resto del Nuevo Mundo, las disposiciones legales de la corona y las denuncias formuladas por los defensores de los derechos de los aborígenes consiguieron atenuar en parte los efectos más desastrosos de la conquista. En ese contexto se creó un ambiente en el que los vencidos pudieron recuperar en cierta medida su antigua humanidad. Además de las consideraciones éticas y religiosas que influyeron en el ánimo de los agentes imperiales, en Chile existían causas adicionales que obligaban a los españoles a movilizarse contra la extinción completa de los promaucaes y sus aliados del norte.

La posición de aislamiento de la colonia, la relativa pobreza ecológica del valle central y el reducido número de europeos asentados en la Nueva Extremadura, hacían imposible la sobrevivencia de la empresa colonizadora si no se contaba con un ejército humano que la sostuviera. Asimismo, el surgimiento del poderoso enemigo araucano en el sur obligaba a consolidar firmemente lo conquistado al norte del río Biobio. Ello implicaba no sólo ejercer un dominio más férreo sobre los segmentos tribales promaucaes, sino que también recomendaba adoptar una política pragmática que ayudara a sobrevivir a los sometidos.

4. Lautaro y la última guerra de los promaucaes

"(Lautaro entró) con copia de gente á destruir y alzar la tierra é naturales destas provincias, con voz é diciendo no había de parar hasta destruir esta ciudad y echar fuera de la tierra los españoles é tomarse las mujeres, el cual estaba haciendo gran daño é robo en el valle é asiento de Mataquito e Peteroa, términos desta ciudad, destruyendo las comidas é ganados é matando é corriendo á los propios naturales é alzándolos que se vinieren con ellos los cuales dichos naturales que así estaban de paz, enviaron a esta ciudad á pedir socorro, é que les fueren a amparar e defender de los dichos tiranos..."

"Probanza de los méritos y servicios de Santiago de Azócar", *CDIHCh*,vol. 12, p. 74

La reacción de los naturales del valle central frente a los abusos y atropellos de los europeos incluyó el desarraigo, la destrucción de las propiedades, el suicidio y, probablemente, el mesianismo. En pocos años, los naturales asentados al sur del río Maipo se transformaron en hombres 'salvajes', de 'behetrias', "gente poco aplicada al trabajo y de

poca capacidad..." [1] La rápida desintegración de la sociedad indígena fue en parte paliada por la reacción paternalista que este desastre provocó entre los europeos; esta política ayudó a eliminar parcialmente los efectos más graves del nuevo orden social que intentaban imponer los españoles, pero no logró mejorar la penosa existencia de los naturales en el ámbito de explotación de la encomienda, el trabajo en las minas o el servicio personal. Para recrear su sociedad de antaño, la única alternativa real que les quedaba a los nativos era la expulsión de los europeos, en otras palabras, la guerra a muerte. ¿Pero cómo podía rebrotar la resistencia en un pueblo tan abatido?

A pesar de las inumerables dificultades que presentaba la organización de un movimiento rebelde destinado a liberar las tierras sometidas, los promaucaes retomaron sus armas alentados por las victorias de los araucanos. Al respecto, en la sesión del 30 de enero de 1555, los miembros del cabildo de Santiago fueron notificados "que en la provincia de los Promaucaes en los términos de esta ciudad, andan alzados algunos ciertos caciques e indios, haciendo malos tratamientos a los demás que están de paz y sirven, y convienen que sean castigados..." [2] Bibar describió el inicio de la revuelta promaucae en el contexto creado por las victorias de Caupolicán en la Araucanía: "La provincia de los pormocaes, biendo que quedava poca gente en la ciudad y que los que yvan con Francisco de Villagrán yvan a Arauco, echando quenta que aquellos yndios (araucanos) matarían aquellos españoles y que ellos matarían los que quedavan en la ciudad, se rrevelaron, haziendo el daño que en las haziendas de sus amos podían, comiéndoles los ganados y comidas que en los pueblos tenían sus amos, y a enbiar sus mensajeros a los caciques de la comarca de la ciudad de Santiago. Y ansí se comenzaron a rrevelar muchos caciques hasta el valle de Anconcagua, y los españoles que los señores de los yndios tenían en sus pueblos a rrecojerse a la ciudad." [3]

El desarrollo de un foco rebelde en la retaguardia de las fuerzas

europeas enviadas a someter a los araucanos y socorrer los enclaves españoles de La Imperial, Villarrica y Valdivia, ponía en serio peligro el esquema de dominación impuesto por los conquistadores en el resto del país. De tener éxito, las fuerzas imperiales se encontrarían, como en 1541-1544, cortadas de sus fuentes de apoyo logístico en el Perú y expuestas totalmente a la furia indígena. Por este motivo, el cabildo comisionó al veterano en tantas operaciones similares Juan Jufré con 10 jinetes, y cerca de 4 mil pesos en oro destinados a cubrir los gastos de la campaña, para apagar el brote rebelde promaucae. Al parecer Jufré encontró más resistencia que la esperada, pues el 22 de febrero se enviaron 10 jinetes más y 10 indios amigos lidereados por Juan Cuevas "para que como capitán haga la guerra a los naturales que andan alzados y rebelados, y los castigue a ellos y a los demas, encargándole la conciencia, y que no pueda pasar del río Maule adelante..." [4] De acuerdo a Bibar, Jufré libró una batalla en Gualemo contra una fuerza indígena de 3.000 guerreros. La batalla dejó por saldo más de 50 indios muertos. "Prendiéronse algunos indios y el capitán hizo justicia de ellos."

Sin embargo, la derrota de Gualemo no desanimó a los rebeldes. En diciembre del mismo año, los hidalgos Juan de Cuevas, Pedro de Miranda y Santiago de Azocar fueron enviados nuevamente a la región del Maule a sofocar la rebelión que persistía. "Andan alzados indios en los Poromacaes y robando y haciendo otros malos tratamientos; y salieron al camino a matar un español, y le hirieron de ciertos flechazos y le mataron dos yanaconas que traía..." [5]

El acto desesperado de los últimos guerreros promaucaes, inspirado más por el éxito de Caupolicán y sus conas en el sur que por la creencia en una victoria propia contra los peninsulares, parecía ir echando raíces. Fue en esos días en que Lautaro y sus seguidores cruzaron el Biobio de retorno a su tierras, dipuestos a librar la batalla decisiva por el dominio de Chile central.

En medio de las angustias que por años habían sufrido a manos de los españoles, los naturales de la región recibieron las primeras noticias de la expedición de Lautaro con expresiones de regocijo. Mariño de Lobera escribió unos años más tarde que la columna libertadora había salido de Arauco "con ejército de ocho mil hombres que lo llevaban en andas, y fue recibido en todos los pueblos por donde pasaba con gran veneración y aplauso...más cuando llegó a los lugares sujetos a Santiago, comenzó a encruelecerse (sic) contra los indios, haciendo en ellos grandes destrozos." [6] Juan Godínez refirió que los guerreros de Lautaro eran todos hombres escogidos, hijos de caciques y conocidos por su carácter atrevido. Al entrar a los términos de la ciudad, continuaba Godinez, los naturales "le favorecieron y se alzaron con él, y le hicieron mucha fiesta y mataron todos los ganados de sus amos..." [7] Gongora y Marmolejo escribió en términos similares que Lautaro inició su marcha desde la Araucanía con 300 hombres una vez que fue informado "de la disposicion de la tierra, sabiendo por mensajeros la voluntad que tenian los indios de Santiago para alzarse...caminando cada día se le juntaban más..."

La nueva rebelión prendió con fuerzas entre los indios de encomiendas. Una vez que Lautaro cruzó el río Maule, afirmaba el soldado Ñuflo de Herrera, se comenzaron a "alzar los indios que estaban de paz en los dichos promocaes..." [8] Luis de Cartagena, vecino de La Serena, declaró dos años más tarde que Lautaro inició su guerra contra Santiago "convocando y atrayendo a sí mucha parte de los naturales de aquellas provincias." [9]

Pero no todos los indígenas que sobrevivieron la primera década de la conquista se plegaron a la columna de Lautaro. Había muchos que, cansados ya de tanta guerra, aceptaban la dominación de los hispanos como un mal menor frente a las penurias, hambres y anarquía a que les dejaba expuestos la lucha; otros, especialmente los **lonko** que habían sido legitimados por los europeos, no podían esperar nada bueno de la empresa de Lautaro. Finalmente estaban

todos aquellos linajes que se unieron a los conquistadores y que se transformaron en sus temidos auxiliares.

Las contradicciones internas entre los naturales explican los primeros testimonios de la campaña dejados por los hispanos y que dan cuenta de profundas disidencias en el seno de la resistencia nativa. Rodrigo Gonzalez observaba que Lautaro inició su guerra "robando y matando los naturales que estaban de paz..." [10] Según Nuñez Castro de Olea, Lautaro se dedicó a correr la tierra "haciendo mucho daño a los naturales de aquellas provincias é términos é comiendo las comidas é ganados de los vecinos..." [11] En otro testimonio se manifestaba que las primeras noticias que llegaron sobre Lautaro a Santiago fueron provocadas por los "daños que hacía el dicho capitán en los poromacaes..." Gongora y Marmolejo manifestó que Lautaro y sus soldados capturaron "algunas mujeres indias de la tierra que tenían a su servicio..." Una de estas mujeres, llamada Guacolda había sido "criada desde muchacha, en casa de Pedro de Villagrán, y la había cogido el Lautaro a tiempo que andaba en estos asaltos, tomándola entre las demás que él y sus secuaces hubieron a las manos en los pueblos por donde iban entrando."

Es difícil precisar el número de caciques o guerreros sometidos que se negaron a engrosar las filas de Lautaro, pero por lo menos es posible reconstruir los efectos de su campaña de amedrentamiento entre los promaucaes que colaboraban con los hispanos. Pedro Gomez don Benito, señaló años más tarde que Lautaro "venía haciendo mucho daño en la tierra, y que a este testigo le comió mucho ganado, en cantidad de trescientas cabezas, y mucho trigo y maíz que tenía recogido en los pueblos de los indios de su encomienda, que aún no le quedó para sembrar..." [12] Ironicamente, uno de los saqueadores de los pueblos indígenas a principios de la conquista se encontraba ahora a merced de la furia depredadora de los rebeldes. Juan Jufré, de conocida fama como ajusticiador y represor en la región, señalaba que el jefe indígena intentó imitar a los araucanos solicitando a los

aborigenes comarcanos que le reconocieran como **toqui** en la nueva guerra. "Y a los que no querían conceder en ello los mataba y quemaba y hacía grandes crueldades; y a este testigo le mató trece indios principales é cuarenta y seis otros indios, y entre estos principales que dicho tienen, le mató el cacique principal del río Maule, que lo mataron vivo (sic), y lo mandó a atar a un palo y lo quemó vivo..." [13] Gonzalo de los Ríos corroboró estos testimonios declarando en 1564 que Lautaro" e otros principales de las Provincias de Arauco, que con muchos indios estaban sobre los de esta ciudad é hacían muchos malos tratamientos é muertes a los indios desta ciudad." [14] Finalmente Diego Carmona, alguacil de Santiago, observó que Lautaro había realizado su campaña "robando y matando los indios que servían y tomándoles sus mujeres y alterando a los demás que estaban de paz..."

Mientras la disidencia contra Lautaro fue local, la gran mayoría de los caciques y guerreros promaucaes aceptaron su liderazgo y se sumaron a sus fuerzas con entusiasmo. Incluso la presencia de Lautaro en el valle central fue atribuida por Bibar a una convocatoria realizada por los caciques promaucaes en un intento de aprovecharse del estado de flaqueza militar en que se encontraban los españoles de Santiago. "En este tienpo los yndios de la provincia de los Pormocaes tornaron a enbiar sus mensajeros a los yndios de Arauco, a que viniese la más jente que pudiese a su tierra, y que allí les ternían mucha comida y todo rrecaudo para la jente de guerra que trajesen, puesto allí se juntarían todos y vernían sobre la ciudad de Santiago, y que harían la guerra a los españoles. Visto los indios de Arauco el mensaje que les enbiavan y como estavan victoriosos, pareciéndoles que con el fabor de los de Santiago, saldrían con ello, y luego enviaron al general Lautaro, el que tengo dicho, con 3 mil indios." [15] Góngora y Marmolejo apuntó que después de las primeras escaramuzas militares con los españoles en la región del Maule, Lautaro envió a los yanaconas que liberó de las mitas mineras de retorno a sus asentamientos en calidad de mensajeros anunciando "que él había

venido a aquella provincia para quitalles del trabajo en que estaban: que les rogaba se viniesen a él llamando a sus comarcanos, porque tenía deseos de les hablar a todos juntos y tratar en cosas de su libertad. Llegada y extendida la nueva por la provincia, vinieron muchos principales e indios a ver gentes que tan grandes victorias habían tenido de cristianos."

El prestigio acumulado por Lautaro en la Araucanía era más que suficiente para transformarle en un poderoso **lonko** de los nativos del norte. De acuerdo a Lorenzo Bernal del Mercado, Lautaro llegó a ser "de los dichos naturales muy temido y estimado entre ellos..." [16] Otro soldado declaraba que Lautaro ganó ascendencia "por ser indio muy valiente é obedecido é temido de todos é ser gente escogida é principal la gente que traía consigo..." [17] Juan Godínez afirmaba: "se creyeron los naturales dél y le siguieron, é todos los ganados é comidas que tenían en sus pueblos de sus amos se los comieron..." [18] Con este apoyo, la columna original de Lautaro compuesta por 600 guerreros araucanos aumentó a más de tres mil.

El fuerte de Peteroa

"levantado un muro había,
adonde con sus bárbaros se acoge,
y que infinita gente le acudía,
de la cual la más diestra y fuerte escoge..."

Alonso de Ercilla y Zuñiga, *La Araucana,* Canto XI, v. 345, p. 179

Siguiendo la antigua estrategia de los promaucaes, Lautaro inició su campaña militar contra los españoles del valle central implementando tácticas de guerra de **pukaraes**. Para ello buscó refugio en la localidad de Teno "20 leguas de la ciudad de Santiago. Y llegado a este asyento, este capitán yndio hizo un fuerte con el fabor

que le dieron los promocaes, y metió la comida que pudo e su gente dentro...".[19] Una vez que los principales **lonko** manifestaron su apoyo a Lautaro, escribió Góngora y Marmolejo, el cacique rebelde reconoció el terreno hasta llegar "a un llano donde les mandó, por ser lugar conveniente, que con las herramientas que tenían hiciesen un foso conforme al lugar que les señalaba, cercado de hoyos grandes a manera de sepulturas, para que los caballos no pudiesen llegar a él; y ansí mesmo les dió orden que trajesen bastimentos para todos, repartiéndolos entre los señores principales por su orden; y como era hombre de guerra, les dijo que no tuviesen duda, sino que los cristianos en sabiendo que estaban allí, habían de venir a pelear con ellos, y que peleando a su ventaja, como las demás veces lo habían hecho, tendrían cierta la victoria; diciéndoles que los cristianos, aunque eran valientes, no sabían pelear ni tenían orden de guerra, y que andaban tan cargados de armas que a pié luego eran perdidos; que las fuerzas que tenían eran los caballos, y que para pelear con ellos en aquel fuerte, de necesidad los habían de desamparar y pelear a pié." [20]

Desde un comienzo estaba claro que el éxito de la empresa de Lautaro dependía fundamentalmente del grado de apoyo que lograra generar entre los aborigenes sometidos de Chile central y la mantención de líneas de apoyo con los linajes araucanos del sur. Para aglutinar sus hombres y consolidar su posición en las nuevas tierras, el jefe promaucae congregó sus fuerzas en el fuerte de Peteroa. Desde allí podía espiar los movimientos de los europeos y convocar las tribus de más al norte para que se sublevaran contra el dominio de los blancos. Juan Jufré, uno de los líderes de las expediciones punitivas que recorrieron los terrenos asolados por los rebeldes, declaró más tarde que Lautaro reunió a "todos los naturales de la comarca por sus crueldades y le habían venido más gente de socorro de las provincias de arriba, y le halló muy fortificado en el valle de Peteroa y hecho muchos hoyos y albarradas..." [21] Lorenzo Bernal confirmó la declaración de Jufré agregando que "el repartimiento de Peteroa

estaba fortificado en un fuerte é su gente con él..." [22] Agregando detalles sobre la factura del fuerte, uno de los capitanes que declaró durante el proceso contra Francisco de Villagra manifestaba: "hicieron un fuerte arriba de Mataquito, términos de esta ciudad, y se metieron dentro de él todos los más naturales que pudieron, y hicieron fuertes de palisadas y fozos..." [23]

Con la protección que brindaban las murallas y fortificaciones de Peteroa, Lautaro envió mensajeros a los indios de encomienda invitándolos a sumarse a sus fuerzas, reunió provisiones y disciplinó a los guerreros para la nueva guerra. Al tanto de las acciones del cacique promaucae, las autoridades de Santiago enviaron a Diego Cano con 14 soldados y un número no especificado de auxiliares indígenas a combatirlo. El propio Cano describió más tarde el resultado de su expedición con las siguientes palabras: "y llegados que fueron a Mataquito, pueblo de los dichos Poromacaes, se supo como estaba allí el dicho Lautaro, que hasta entonces no se había sabido, con mucha gente de Arauco é de otras partes, estaba en un fuerte metido... este testigo é los demás soldados acometieron é rompieron el dicho fuerte, entrando por un lado dél, é fisieron retirar parte de los dichos indios é como les habían crecido (sus fuerzas)...les fue preciso retirarse..." De acuerdo a Gongora y Marmolejo, el enfrentamiento entre los hombres de Cano y Lautaro no tomó lugar en el fuerte sino "al paso de una ciénaga en un monte..." [24] Diego Cano corroboró este punto cuando apuntó en su declaración que junto con Pedro de Villagrán "halló al dicho Lautaro dos leguas más cerca de la ciudad de Santiago, en donde fizo otro fuerte..." [25]

La derrota sufrida por Cano demostró la seriedad del peligro representado por Lautaro. Aún más, la victoria preliminar sobre los españoles concedió al cacique rebelde mayor ascendiente sobre sus seguidores, quienes por años habían sido humillados por los europeos. Como señalara Gongora y Marmolejo, una vez que se conoció "esta nueva por la provincia, tomaron más reputación..."

A la espera de nuevas expediciones de represión, Lautaro y sus hombres se dedicaron a reforzar las defensas del fuerte, el cual estaba"cercado de hoyos grandes a manera de sepulturas, para que los caballos no pudiesen llegar a él..." [26] Al final, los rebeldes terminaron "fabricando un castillo y muchas albarradas y baluartes para su defensa. Y para mayor seguridad mandó atajar los ríos y acequias para que reventasen y se difundiese el agua por todo el campo, haciendo grandes lodazales en que se atollasen los caballos..." [27]

Al mismo tiempo, se continuó instruyendo a los naturales de Chile central en las nuevas tácticas militares adquiridas en las guerras libradas en Araucanía, tarea que seguramente fue asumida por el contingente araucano quienes, de acuerdo al testimonio del gobernador Villagra, eran los mismos "que mataron al gobernador Valdivia...y los que me derrotaron a mí y me mataron sesenta y seis hombres...es tanta su determinación que jamás se ha visto en nación en estas partes..." [28] Lautaro ordenó a los conas situados en las colinas vecinas que no estorbaran el paso de los hispanos "sino que los dejasen llegar a donde él estaba y que cuando tocase la trompeta saliesen a pelear por las partes que les señalaba, y cuando la volviese a tocar, se retirasen." [29] Este había sido el ardid empleado durante la batalla de Mariguenu y Catiray en que fue derrotado Villagra pocos días después de la muerte de Valdivia y que se convirtió en uno de los más exitosos enfrentamientos librados por los araucanos contra los europeos.

La batalla de Peteroa

> "Pedro de Villagrán con cuarenta hombres, poco más o menos el cual fue con ellos adonde el dicho Lautaro andaba y peleó con él y le mató algunos indios, con lo cual no pudo romper ni le hacer retirar y sobrevinieron tantas aguas del cielo, que les fue forzoso a los cristianos retirarse dos leguas atrás a un buen sitio, porque en la parte donde el dicho Lautaro estaba, no se podían sustentar por no haber casas y ser la tierra mala y no tener qué comer, y estaban junto al fuerte que los indios de guerra tenían con sus caballos y lanzas en las manos..."
>
> "Proceso contra Francisco de Villagra, 1558", declaración de Alonso de Escobar, *CDIHCh*, vol. 22, p. 529

Enteradas de la derrota de Diego Cano, las autoridades de Santiago enviaron una segunda expedición contra Lautaro. El líder de la columna represiva era Pedro de Villagrán, uno de los más destacados y hábiles soldados de la antigua guerra de **pukaraes**, encomendero lugareño y conocedor del carácter y trucos de los rebeldes. Junto con él marcharon 40 soldados veteranos, lo más granado de las fuerzas imperiales asentadas en la ciudad. Villagrán se dirigió con sus hombres a la fortaleza de Lautaro construida "a la corva ribera del río Claro, que vuelve atrás en círculo gran trecho..." [30] De acuerdo a una declaración de Villagrán, el lugar ocupado por los rebeldes era un "fuerte y pucará en que los dichos indios estaban recogidos y fuertes..." [31] Una expresión similar fue usada por Juan Godinez, quien señalaba que los españoles salieron a reprimir a Lautaro y "le hallaron en un pucará que tenía hecho con toda la gente de la tierra..." Una vez llegados al pié del fuerte, Villagrán envió 15 soldados "a reconocer de la manera que estaba; con estos se apearon otros que no se quisieron quedar a caballo. Los indios los dejaron

llegar y desque estuvieron junto al fuerte, tocando su trompeta salieron por dos partes; tomándolos en medio pelearon lanza a lanza; los cristianos mataron algunos con los arcabuces." [32] Según Ercilla, el contingente español forcejeó hasta que tomó posesión de "las puertas francas con gran gloria..."

Sin embargo, parte del plan de Lautaro consistía precisamente en permitir la entrada de los hispanos al recinto fortificado para cogerlos entre varias fuerzas. Así, una vez que los españoles se encontraron dentro del fuerte, los defensores que huían retornaron sobre sus pasos

> "hasta que con veloz furor pujante
> de la cerrada plaza los lanzaron..."

Ante el repentino retorno de los defensores, los castellanos comenzaron a ceder lentamente el terreno ganado pero pronto se vieron abrumados por las fuerzas rebeldes y simplemente atinaron a huir desesperados "del cerco estrecho y palizada." Describiendo la confusa fuga, Ercilla entrega interesantes datos sobre la factura del fuerte:

> "no el alzado antepecho y agujeros
> que fuera del entorno había cavados,
> ni la fajima y suma de maderos,
> con los fuertes bejucos amarrados
> detuvieron el curso a los ligeros
> caballos, de los hierros hostigados,
> que como si volaran por el viento,
> salieron a lo llano en salvamiento."

Reordenando las fuerzas luego de tan humillante retirada, Villagrán intentó tomar el fuerte por asalto, proveyendo a sus soldados con escudos para que protegieran sus cabezas de los proyectiles y galgas que los indígenas arrojaban desde la cima. Ercilla,

en su valiosa descripción del combate, señaló que los defensores corrían de un lado a otro para impedir que los españoles ganaron acceso a la fortaleza:

> "por las puertas y frente y por los lados, el muro se combate y se defiende..."

Después de varias escaramuzas en las laderas del cerro, los españoles cedieron terreno y volvieron a retirarse. Años más tarde, el capitán Villagrán dió su versión de los eventos declarando que había acudido con sus soldados "adonde el dicho Lautaro tenía fecho un fuerte y entraron donde estaba, peleando con él desde la mañana del día hasta la tarde y no le pudiendo romper el dicho fuerte del todo, se retiraron los españoles aquella noche una o dos jornadas, é a lo que dijeron, que si no se retiraban aquella noche, los mataban a todos los cristianos..." [33] En el mismo proceso Bibar manifestó que después de luchar "en un fuerte donde el dicho Lautaro estaba, y que por ser sitio peligroso para andar a caballo...se retiró el dicho Pedro de Villagrán dos o tres leguas, y lo mismo hizo el dicho Lautaro..." [34] En su *Relación*, Bibar agregó algunos detalles que dejan en evidencia el carácter y estilo que había adquirido la guerra de **pukaraes**. Después de haber fallado el primer día de combates, señaló el cronista, Pedro de Villagran "bolvio a dar en el fuerte, mas no pudieron hazer mas que el primer dia, aunque murieron hartos yndios. Y con esto se torno a su asyento a causa de que le herian mucha gente. Y de alli le hablaban a este capitan yndio los españoles y le dezian que viniese de paz, y que le perdonarian. Respondia que no avia venido para servir a los españoles, syno para matallos, y que el estava alli en aquel fuerte esperando los yndios de los pormocaes que se juntasen con el, porque ellos le avian enbiado a llamar." Diego Cano manifestaba que las fuerzas de Villagrán habían logrado entrar al fuerte "é después de haber andado e pasado una albarrada, a la segunda revolvieron los dichos indios é cargaron de tal manera é con tanto ánimo que por ser muy grande cantidad les fué forzado dejallos e retirase el dicho Pedro

de Villagra, saliéndose del fuerte a un llano, que estaba allí cerca..." [35]

La victoria de Lautaro y sus aliados no podía ser más definitiva. En más de quince años de incesante batallar, los indígenas repetían las heroicas hazañas de los **lonko** encabezados por Michimalonko en Aconcagua y Cachapoal en la región del Maipo. Por primera vez, los veteranos españoles no lograron desalojar a los rebeldes de sus posiciones guarnecidas a pesar de haber movilizado más de 40 soldados.

No obstante, Lautaro abandonó su fortaleza al caer la noche. Sobre la fuga de Lautaro, Alonso de Escobar manifestaba que una vez concluido el combate "se supo por algunos indios que se tomaron de los caciques principales, que levantaron su campo y se fueron a una provincia junto a la mar, de sierra y arboleda, porque es áspera, donde no se pueden aprovechar de los caballos..." [36] Según Gongora y Marmolejo, el cacique Promaucae tomó esa decisión "conociendo que allí estaba perdido, diciendo que él había visto la dispusición de la tierra y que era a proposito para hacer la guerra por ser abundosa de bastimentos; animando a los principales dijesen que compelidos no habían podido hacer menos, porque el Lautaro no los destruyese." [37] Ercilla describe por su parte una entrevista entre Lautaro y Marcos Veas, durante la cual el cacique habría manifestado que su situación era precaria por estar

"con gran necesidad de bastimento
que me falta del todo la comida
por orden mala y poco seguimiento."

Lautaro emprendió su marcha desde la fortaleza de Peteroa buscando el camino del monte. Villagrán retornó a Santiago dejando tras sí una columna destinada a seguir los pasos de los rebeldes y castigar a los indios de paz que les habían dado apoyo. Esta columna, encabezada por Alonso de Escobar, inició la persecución de Lautaro,

quien se dirigió hacia la costa y buscó refugio en "Chanco y Loanco".[39] Juan Godínez fue comisionado para que maloqueara a los indios de la región, especialmente aquellos que auxiliaron a los fugitivos. Para conseguirlo, Godínez se puso en contacto con el cacique promaucae disidente de Guaquila, quien le guió hasta el paraje de Cora, donde se encontraban asentados algunos aliados de Lautaro. "Anduvo aquellas cinco leguas por esteros é ríos en que se le ahogaron dos caballos aquella noche...y desque amaneció estaba sobre los indios, los cuales estaban divididos en muchos pueblos, y dió en una parte de ellos, que había hasta ciento y cincuenta indios...y se mataron hasta cien indios, poco más o menos, y se les quitó todo lo que tenían robado, que eran más de trescientas indias de los indios de paz que habían muerto a sus maridos y tomádoles las mujeres, é una legua de allí de aquella parte del río que se dice Cora, estaba el dicho Lautaro con la mayor parte de su campo é como tuvo la nueva, vinieron luego con gran cantidad de gente de guerra...".[40] En esos mismos días, Lautaro recibió el apoyo de un contingente araucano compuesto "de mas de mile de lanzas, que a cogella antes en la mala tierra, no quedara hombre vivo..." Según Mariño de Lobera, los auxilios sumaban más de 10.000 guerreros encabezados por el cacique Panigualgo. Bibar apunta que los refuerzos no pasaban de 300 hombres. Al parecer esta última cifra es más exacta, pues Lautaro continuó su fuga hacia la Araucanía.

La represión hispana se desató con furia contra los naturales que apoyaron a Lautaro. Después de identificarlos, señalaba un soldado, "este testigo, vido castigar los caciques culpados, con lo cual se hizo gran fruto, porque tomaron escarmiento toda la tierra que andaba medio levantada..." Alonso de Alvarez, que acompañó a Godínez, apuntaba que durante el transcurso de la campaña represiva se mataron "sesenta o setenta indios, y los más de ellos capitanes, según era publico entre los indios que tomaron vivos, los cuales estaban haciendo un fuerte, y el dicho Lautaro se le retiró, que no lo pudieron haber..." [40] En 1576 Cristobal de Varela declaraba "después queste

testigo llegó al asiento de Peteroa, vido muchas cabezas de indios puestas en palos, de los que se habían castigado e muerto en la dicha guazábara..." 41

La fuga de Lautaro obedeció a una combinación de factores. En primer lugar, su larga estadía en la región desgastó los recursos materiales y humanos de los naturales, ya disminuídos en los años previos por la guerra económica y el desmembramiento de la sociedad aborigen. El alto costo de la campaña fue agravado por la presión adicional que ejercían los guerreros que acudían a defender el fuerte de Peteroa. Una vez conseguidas las victorias sobre las fuerzas de Diego Cano y Pedro de Villagrán, lo que se requería era mover la plaza a una región más segura sin afectar los lazos de asistencia militar establecidos con los caciques promaucaes. Más importante aún, lo que convenía en esos momentos era retornar a la Araucanía con las fuerzas originales más o menos intactas y con el sabor preliminar de la victoria que les esperaba en el asalto final contra Santiago. Solamente de ese modo se podía convencer a los caciques araucanos para que se sumaran totalmente a su empresa de liberación.

El fuerte de Mataquito

> "Salió de su tierra el dicho Lautaro con obra de quinientos indios los más valientes, escogidos todos ellos, hijos de caciques, é vino apedillando toda la tierra y trayendo tras sí todos los indios de guerra, diciendo que venían a destruir esta ciudad, é así vino hasta los términos de esta ciudad, y los naturales della le favorecieron y se alzaron con él, ...y hicieron un fuerte arriba de Mataquito, términos de esta ciudad, y se metieron dentro de él todos los más naturales que pudieron, y hicieron fuertes de palizadas y fosos..."
>
> "Proceso de Francisco de Villagrán, 1558", declaración de Juan Godínez, *CDIHCh*, vol. 21, p. 77
>
> "(Lautaro)...llegado que fue a su tierra, dió nueva de la fertilidad de Santiago y de la voluntad que había hallado en los indios para echar de su tierra a los cristianos; con esta nueva se le juntaron muchos indios valientes y briosos, con los cuales dió vuelta a los términos de Santiago y desasosegaba aquella provincia..."
>
> Alonso de Gongora Marmolejo, "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575", en *Biblioteca de Autores Españoles* (Madrid, 1967), vol. 131, p. 122

La ausencia de Lautaro fue corta. A principios de Abril de 1557, el cacique promaucae retornó a concluir la empresa que había comenzado en Peteroa. "Y el Lautaro estava en Bivio, y viendo que el general (Francisco de Villagra) estava en la Ynperial, y que seguramente podía venir a la provincia de los pormocaes, y matar a los españoles que alli estavan, y hazer el daño que pudiere, y destruyrles las comidas, salió con setecientos yndios...llegado el

Lautaro a las minas se entregó en las comidas que tenían los españoles y herramientas y en el oro." Como en el pasado, los rebeldes construyeron un fuerte destinado a constituir el punto de reunión de los guerreros que se sumaran a sus acciones. Asentados en la montaña de Caude, Lautaro buscó lo más áspero de la sierra donde instaló "su campo con otros quinientos indios que le llegaron, en un carrizal y monte a las espaldas hay dos acequias de agua por delante, porque los asientos que estos indios generalmente buscan es tener huída, principalmente cuando tienen guerra con los españoles..." [42] El nombre del lugar era Mataquito. Así lo confirmó Pedro de Leon al señalar que Lautaro y su gente atacaron "las minas que los vecinos tenían é se había metido en el valle de Mataquito, ques encomendado en el capitán Juan Jufre, comiendo las comidas é desasosegando los naturales..." [43]

Describiendo la factura del fuerte, Pedro Aguayo aseveraba que Lautaro "é su gente questaba en un fuerte en una ciénaga, fecho andenes é palizadas para pelear, é fue necesario apearse para pelear con ellos y duró mucho tiempo la pelea..." [44] Mariño de Lobera, que se encontró allí, observó que el nuevo fuerte contaba con todos los reparos que podían aseguar una victoria a los rebeldes, "más quiso Dios que se contentase con poner muro y antemural en la parte que caía al camino por donde habían de venir los españoles, no asegurando las espaldas por parecerle que de suyo estaban aseguradas de suerte que dejó un gran portillo abierto para salir los suyos cuando quisiesen y entrar los nuestros cuando ellos no quisieron ni pensaron..." [45]

Si bien la evidencia indica que Lautaro construyó un nuevo fuerte en Mataquito, Ercilla manifestó que el cacique rebelde solamente se limitó a reforzar:

"un fuerte asiento que en el valle había...
Con la priesa que se dió, dentro metido,

y ser dispuesto el sitio y reparado
fue en breve aquel lugar fortalecido
de foso y fuerte muro rodeado:
gente a la fama de esto había acudido,
codiciosa del robo deseado..."

El gobernador Francisco de Villagra se encontraba en aquellos días sofocando una intento de rebelión de los naturales de La Imperial y Villarica. Apenas fue informado del movimiento rebelde encabezado por Lautaro, Villagra se dirigió con 63 hombres hacia Mataquito. El contingente hispano se reunió en Gualemo con las fuerzas enviadas por el cabildo de Santiago a cargo de Juan Gomez constituyendo una columna de 110 soldados veteranos. Estos, a las ordenes de Villagra, se dirigieron al fuerte donde Lautaro "estaba encastillado con su gente." Es importante subrayar que los españoles estaban bien enterados de las posiciones ocupadas por Lautaro. Al respecto, Juan Gomez manifestó un año más tarde: "luego que dieron la nueva al dicho Francisco de Villagran del dicho Lautaro é del daño que había hecho é que hacía, sabido donde estaba, caminó doblando jornadas, con cuarenta soldados que llevaba, é caminando hasta que llegó cuatro leguas donde el dicho Lautaro tenía su fuerte..." [46] Al tanto de que el cacique promaucae no tenía noticias de la presencia de tan considerable contingente, Villagra decidió atacar el fuerte al amanecer.

El asalto contra el fuerte de Mataquito fue fruto de un plan bien calculado destinado a evitar un enfrentamiento directo con los rebeldes. Como señalara uno de los soldados de la expedición proveniente de Santiago, Gomez y sus hombres "llegaron al dicho pueblo de Peteroa, y hallaron al dicho Mariscal que estaba emboscado cerca del río en un monte, é allí se juntaron con él é desde allí marcharon é fueron á medianoche en busca del dicho Lautaro, la vuelta de Mataquito, é dieron sobre él." [47]

El éxito del plan de los europeos dependía en gran parte del apoyo que les brindaran los linajes promaucaes. En este sentido, el gobernador solamente tenía que explotar el descontento causado por las acciones represivas llevadas a cabo por los **conas** rebeldes contra los indígenas que rehusaban sumarse a sus fuerzas y que se rebeleaban contra la autoritaria imposición de un liderazgo único encabezado por los araucanos.

La suma de estos factores había efectivamente generado descontento y disidencia entre los naturales contra las escuadras lautarinas. Según el propio Villagra, más de "cuatrocientos indios amigos "se sumaron al ataque contra el **pukara** de Mataquito; Gongora y Marmolejo apuntó que el asalto contra el fuerte fue llevado a cabo por "cincuenta soldados con los indios que llevaban por amigos..." El cronista Quiroga señaló casi un siglo más tarde que al llegar Villagra a las inmediaciones del fuerte un indio local le informó "como Lautaro estaba allí cerca alojado con sus tropas y fortificado, esperando más gente para ir sobre Santiago...en suma, le dió ciertas noticias de los designios del enemigo, a quien todos deseaban ver destruido por las atrocidades bárbaras que de ordinario ejecutaban en sus reducciones..." [48] El apoyo prestado a los españoles por los auxiliares promaucaes no podía ser más adecuado; los aborígenes conocían mejor que nadie el terreno y estaban al tanto de las tácticas militares de Lautaro.

Al amanecer las fuerzas combinadas de penínsulares y promaucaes irrumpieron en el fuerte de Mataquito por la retaguardia malamente defendida. Desde allí se apoderaron de la cima y liquidaron rapidamente a los caciques rebeldes y sus seguidores. Bibar dejó la siguiente descripción del último combate entre españoles y los hombres de Lautaro, que si bien es larga no se puede dejar sin transcribir: "Avía en todos setenta españoles. De aquí salió el general (Villagra) al quarto del alva. Llegó ya que amanecía sobre los yndios. Reconociendo el asyento en que estavan, dió en ellos syn ser sentidos

ni vistos de las centinelas de los yndios. Sentidos por los yndios luego se apellidaron, y se pusyeron en defensa. Y visto por el general la orden y el sitio en que estavan, mandó apear treynta honbres arcubuzeros y rrodeleros. Y él con los quarenta de a cavallo rrompieron por los yndios y los hizo huyr y dexar el sytio. Aquí murio el Lautaro y otro capitán y más de dozientos y cinquenta indios. Los indios mataron un español que se decía Joan de Villagrán. Este asyento tenía este yndio a orillas de un caudaloso río, y por delante tenía dos acequias de agua y un cañaveral y monte por las espaldas. Esta batalla se dió domingo, ocho de mayo de 1557 años." [49]

Si bien la temprana muerte del único **toqui** que se conoció entre los promaucaes fue un golpe decisivo, los defensores de Mataquito no cejaron en la defensa del fuerte y lucharon tenazmente contra los asaltantes. Pero al final "desmayaron los indios comarcanos de Itata, Nuble y Renoguelen y se huyeron, saliendo cada uno por donde pudo; pero ninguno de los araucanos volvió un punto el pié atrás, por estar determinados a morir antes a manos de los españoles que volver a sus tierras vivos y vencidos..." [50]

Se calcula que el número de indígenas muertos en esta batalla fue, como señalara Bibar, de 250 a 300; Mariño de Lobera dió a entender que la cifra fue de 500, teniendo en cuenta el número de araucanos que defendieron Mataquito hasta el final. Nuño Hernández de Solomon manifestó en 1569 que los naturales muertos ascendían a más de seiscientos.[51] Francisco de Villagra, en carta al rey, entregó cifras más específicas. De acuerdo al mariscal, se había conseguido desalojar a los rebeldes del fuerte "con pérdida de su general y diez y ocho capitanes y seiscientos y cuarenta y cinco indios, todos de la provincia de Arauco, que cada uno es tan bueno como un buen soldado..." [52] El capitán Pedro de Léon describió en 1558 su participación en la batalla apuntando: "dieron sobre él (Lautaro) y lo mataron y desbarataron con toda la gente que traían, que serían mill indios, poco más o menos, el cual hecho fue muy notable y señalado,

porque el dicho capitán Lautaro traía la dicha gente muy señalada y venían talando y destruyendo la tierra á destruir la dicha ciudad de Santiago..." [53]

El epílogo más elocuente de la batalla lo escribió Ercilla:

"Quedaron por igual todos tendidos,
aquellos que rendir no se quisieron...
los lasos españoles mal heridos
de la cercada plaza se salieron,
de armas y cuerpos bárbaros tan llena,
que sobre ellos andaban con gran pena.
Ningún bárbaro de pié quedó en el fuerte..."

La muerte de Lautaro y la masacre de sus aliados araucanos puso fin a la empresa rebelde y de liberación iniciada por el indio auxiliar en Tucapel. La derrota de Mataquito también marcó el fin de la exitosa alianza forjada entre promaucaes y araucanos y que hizo posible el rebrote de la resistencia nativa al norte del río Maule. La peor pérdida para los habitantes de Chile central fue la muerte del **toqui** promaucae. Instruído en los hábitos y costumbres de los europeos, conocedor de la caballería y las armas de fuego y enterado de las tácticas asociadas con la guerra fortificada, el jóven cacique contaba además con su experiencia militar en la Araucanía y mantenía valiosos contactos con los principales jefes del sur. En suma, su persona reunía los requisitos que podían hacer posible una guerra victoriosa contra los europeos de Santiago, uniendo bajo el mismo estandarte la fuerza y energía militar de los épicos araucanos con la astucia de los promaucaes.

Las valiosas cualidades militares y políticas de Lautaro no fueron ignoradas por sus enemigos. Marcos Veas afirmaba que Lautaro era un "indio muy belicoso y de grandes fuerzas y ardides de guerra..." [54] Diego Carmona, señaló por su parte que el cacique "fue el principal

en la muerte del dicho gobernador don Pedro de Valdivia por haber sido su yanacona y el que avisaba a los indios como habían de pelear..." [55] Juan Godínez, de triste memoria entre los indígenas de Chile central, manifestaba que Lautaro "era muy avisado en las cosas de la guerra, y así fue llorada su muerte en toda la tierra..." [56] Enrique Rodríguez declaraba que la fama de Lautaro era bien ganada "por ser el más belicoso y valiente indio é capitán que jamás ha oido; e ansí, después de su muerte, nunca han habido vitoria ninguna los dichos indios." [57] Señalando uno de los rasgos principales de la estrategia militar del último **lonko** de los promaucaes, el capitán Diego Cano señalaba: "dondequiera que llegaba hacía luego un fuerte..."

El fin de la guerra indígena en Chile central

¿Podría haber sido diferente la suerte de Lautaro y sus aliados? La respuesta es no. A pesar de que la mayoría de los linajes promaucaes le acogieron con entusiasmo y se sumaron a su campaña en 1556, la empresa lautarina careció desde un comienzo de una base socio-económica sólida que hiciera posible el intenso esfuerzo logístico que debía acompañar la guerra definitiva contra los peninsulares. La derrota comenzó con el derrumbe sufrido por la sociedad aborigen en la década previa.

El **toqui** y sus guerreros surgieron cuando el mundo de las relaciones sociales que debía sostener el esfuerzo bélico había virtualmente desaparecido; de otra parte, la estrategia que intentaron poner en práctica había sido superada por los eventos que conmovieron a Chile central desde 1541. En 1556 lo único que les quedaba a los últimos linajes promaucaes era la determinación combativa de sus antepasados, pero el mero valor no podía reemplazar las deficiencias estructurales que afectaban a la sociedad tribal. La antigua epopeya se transformó en tragedia.

El éxito de la empresa lautarina dependía tanto de la debilidad

militar de los españoles, como del apoyo que encontrara entre los promaucaes. Pero el auxilio prestado por los naturales fue más bien reacio, muchas veces forjado por la violencia de los conas araucanos. Diversos testigos describieron las acciones de amedrentamiento realizada contra los cacicazgos al norte del río Maule, inspiradas tanto por el deseo de establecer un liderazgo centralizado al estilo araucano, como por la necesidad de aumentar el número de seguidores entre los guerreros más jóvenes. Asimismo, desde temprano se tuvo conocimiento en Santiago de la campaña de despojo y se denunciaron los abusos y robos llevados a cabo por los rebeldes contra las propiedades españolas y contra los asentamientos aborígenes que permanecían en paz o que pretendían mantenerse neutrales. El saqueo permitía compensar en parte lo que no llegaba por la vía voluntaria del tributo pero el afán del botín y la falta de disciplina llevaron incluso al secuestro y robo de mujeres locales. En más de una forma esa era la dialéctica de la guerra tribal que resolvía los conflictos internos. Sin embargo, desde 1541 los indígenas tenían que tener presente que existía un elemento externo representado por los peninsulares, siempre dispuestos a explotar las divisiones entre los indígenas.

No se puede negar que la acción avasalladora de los españoles en los primeros años de la conquista fue en gran medida atenuada por la política paternalista adoptada a fines de la década de 1540. El resultado de esta política fue el inicio de un lento proceso de recuperación social entre los linajes promaucaes y los segmentos tribales remanentes de más al norte, proceso que justamente sirvió de base material para el desarrollo de la última guerra de los nativos de Chile central. Pero este proceso de recuperación era lento y simplemente no había madurado cuando emergió Lautaro. En este sentido, su empresa rebelde fue prematura. Eventualmente, las fuerzas indígenas de Chile central fueron derrotadas por sus contradicciones internas y por las debilidades estructurales que crearon más de 15 años de conflicto. El poder militar de los europeos

no fue el elemento decisivo.

Ni siquiera los fuertes construidos en Peteroa y Mataquito proporcionaron a Lautaro la victoria militar que en similares circunstancias habrían cosechado sus antepasados. Es cierto que en ambos fuertes, el **lonko** estuvo en condiciones de reunir hombres, provisiones y recursos militares que hasta allí aparecían diseminados y divididos. Las unidades familiares, los linajes y los restos de las antiguas confederaciones pan-tribales de los valles de más al norte hicieron un aporte a la campaña rebelde y, con seguridad, muchos guerreros marcharon con paso seguro a sumarse a los defensores de los fuertes. En este sentido, los **pukaraes** demostraron ser nuevamente valiosos instrumentos de unidad, símbolos físicos de la resistencia indígena y el destino natural que debía tener la solidaridad militar. Pero al mismo tiempo, la concentración de un contingente humano cada vez mas numeroso en los fuertes impuso nuevas obligaciones logísticas sobre los linajes vecinos a Peteroa y Mataquito, obligándoles a compartir sus magros recursos con los recién venidos. Si el control de la disciplina, el entrenamiento en las artes marciales y las operaciones de saqueo fueron tareas realizadas por los auxiliares araucanos, existía una razón adicional para enajenar el apoyo de los promaucaes. Desde un punto de vista estratégico, la concentración de hombres y recursos también tenía sus riesgos en la medida que la derrota de un fuerte podía convertirse en una derrota total. Finalmente, el concepto de unidad, esencial para el éxito de los rebeldes, fue erosionado por las disputas que existían entre los antiguos **lonko** y los nuevos caciques establecidos por los hispanos.

En Mataquito los principales actores de la batalla han permanecido en el anonimato. Nos referimos a los promaucaes que se sumaron a las fuerzas españolas y que les guiaron hasta los aposentos de Lautaro. Su papel fue decisivo en el desenlace de la batalla y en la posterior consolidación de las relaciones hispano-indígenas al norte del río Maule. Sumados al bando de los nuevos señores, los

promaucaes dejaron de ser una amenaza en la retaguardia del ejército imperial y liberaron de ese modo las fuerzas hispanas que se dirigían a la reconquista de la Araucanía.

Apéndices

1: Lista de encomiendas de Chile central.

Pedro de Valdivia	Quillota y Lampa
Gonzalo de los Rios	Putaendo, La Ligua y Papudo
Inés de Suarez	Colchagua, Peumo, Teno, Melipilla, Apoquindo
Juan de Cuevas	Huechuraba, Curaumilla, Vichuquén, Lonkomilla, Huenchullani
Juan Jufré	Nuñoa, Macul, Peteroa, Copequén, Mataquito, Colquillay, Pocoa, Purapel, Pequen
Antonio de Azócar	Rauco, Pelvin.
Juan Godínez	Maipo, Choapa
Antonio Gonzalez	Pico, Aconcagua
Barolomé Flores	Talagante, Cauquenes, Putagán
García Hernandez	Cuyo
Rodrigo de Araya	El Salto, Cachapoal
Gabriel de la Cruz	Lampa
Pedro Gomez don benito	Lora y Quilicura
Diego García Cáceres	Huechuraba, Guechún, Llopeo, Apalta,Aculeo
Rodrigo de Quiroga	Peumo, Teno, Colchagua, Melipilla, Apoquindo
Alonso de Silva	Gonza
Francisco de Riberos	Aconcagua, Panquehue, Llai-Llai, Malloa y Peteroa

Clérigo Rodrigo González	Cacicazgo de Michimalonko
Antonio de Taravajano	Promaucaes
Alonso de Cordoba	Vitacura, Pirque, Rancagua.
Alonso de Escobar	Nancagua, Chimbarongo.
Marcos Veas	Lampa, Maipo
Esperanza de Rueda	Lampa, Tobalaba, Tango, Ligueimo
Francisco de Irarrazabal	Quillota
Francisco Martinez	Colina, Chicureo, Painalbique, Chacabuco.
Juan de Barros	Lampa, Tobalaba, Tango y Ligueimo
Juan Gomez de Almagro	Topocalma, Rapel
Pedro de Miranda	Copequen
Juan Bautista Pastene	Puangue, Taguataguas
Pedro Ordoñez	Chanco

2: Caciques, principales y parcialidades indígenas en el valle central.

Cacique	Etnias / Tierras	año
Michemalongo, Tanjalongo	Valle de Chile	1541
Chingaimangue	Valle de Chile	1541
Aloande, Turiopande, Maquindoande	Santiago	1541
Painelonko	Lampa	1541
Quilacanta	Indio del Perú	1541
Longomilla	Maipo	1541
Caloande (o Moyande, Aloyande o Aloande)	Promaucaes	1542
Topocalma y Gualauquen	Promaucaes (costa)	1544
Arcanaval, Rutaucory (Rutancomi), Arongomilla, Quiechongare (Antes sujetos al cacique Cilongomoro o Atongomoro)	Valle de Mapocho	1544
Marucalagua y Guandopuche y Guandolcalqui	Promaucaes	1544
Painavillu	Promaucaes	1544
Perimalongo, Tongui, Catalandi (antiguamente sujetos a Villacura)	Valle de Mapocho	1544
Tipitureo Río Guelenguelevano,	Promaucaes	1544
Andegauleu, Guamizalvi, Ibimalongo	(?)	1544
Cachapoal y Elisoca	Promaucaes, Maipo	1545
Quinvaulibi y Colicoli	Promaucaes	1545
Quelangari	Cauquin, ribera sur del rio Maipo	1545
Llangallave	Promaucaes (?)	1545
Guaraguara	oriente de Santiago	1546
Guanunabal (sujetos a Palloquilica) huidos a Maule		1546
Inlagorongo	Cerrillos de Apachame, Santiago	1547
Guachinpilla	Riberas río Maipo	1547
Tariopande, Neaquidoande, Naamachese	Promaucaes	1548
Condatongo, Anguaguay y Parapuchi	Valle de Mapocho	1549
Querogalguen, Paynavillo, Llavelenco, Guaguinpangue, Guaquey, Mareande (antes sujetos a Aloande)	Promaucaes	1549
Hernando	Ribera del Maipo	1549
Malti y Tocalevi	Valle de Mapocho	1549

(antes sujetos a Longomarico)		
Guaquilla y Tipandi	Promaucaes	1549
Arongoante, Millanabal, Calquimarongo,		
Catearongo y Quidetuy	Promaucaes	1549
Inviralongo, Perlquitalongo, Antegueno, Landaguano	Santiago	1549
Tipande, Niticara, Quintecara, Andequina	Promaucaes	1549
(antes sujetos a Agamba)		
Millacaza	Maipo	1549
Quinellanga, Itinguillanga	Cailloa, (entre ríos Cachapoal y Tinguiririca)	1549
Maluenpangue	Taguataguas	1549
Joan Darongo (Guandarongo)	Entre ríos Mapocho y Maipo	1549
Antequilica, Chumayo, Catanlagua	Picones del Poangui	1550
Palloquierbico (Palloquilica),Huminelgas,		
Calmalongo y Millanabal y Purinabal	Promaucaes	1550
Tabon y Culimailen	Rapel	
Catiputo	(?)	
Vicelongo, heredero de Longomoro	Mapocho	1551
Umbarango	Mapocho	1551
Atumapante y Andequina	Promaucaes	1551
Vandeguano	Mapocho	1551
(antes sujetos a Longamoro)		
Aloande, Quipande, Niticura, Quilicura y Andequina	Promaucaes	1551
Victiolo y Longopilla y Guahunpilla	Lampa (?)	1552
Catarongo, Parapolin	Tobalaba	1552
Quirogalguen, Nimaogalguen	Vitacura	1552
Painabillo, Lonquie,	Ruydabal (Santiago)	1552
Conelquenau, Malopangue	Llangan (Santiago)	1552
Isache, Guarquincheo, Arrequey Curguey	Quelerima (Santiago)	1552
Arcapeo, Guayqueande	Peteroa (Santiago)	1552
Morangallo, Morongarita, Canavas		
Millalonique, Imporongo	Mapocho	1552
Capelande	Entre ríos Maule e Itata	
Inviralongo, Pelquitarongo, Antiguano y Guachuraba	Mapocho	1552
Curiomilla, Longomilla	Riberas del Maule	1552

Guarongo, Macohuano, Arongomanique,Gatuyavi	Maule	1552
Curanaval, Paniarongo	Promaucaes	1552
Annmaulen	Ranguelpaico	1553

Fuente: *CDIHCh*, 1a. serie, 30 vols. y *CHCh*, vol. 1.

Notas

Introducción

1. Ida Stevenson W. Vernon, *Pedro de Valdivia, Conquistador de Chile* (The University of Texas Press, 1946); R.B. Cunningham, *Pedro de Valdivia* (London, 1926); Thomas Thayer Ojeda, *Los Conquistadores de Chile,* (Santiago, 1908)
2. Pedro Mariño de Lobera, "Cronica del Reyno de Chile escrita por el capitán P. M. de Lobera. Reducida a nuevo metodo y estilo por el padre Bartolomé de Escobar(1595)" en *Biblioteca de Autores Españoles* (Madrid, 1967), vol. 131, p. 356; Alonso de Ercilla y Zuñiga, *La araucana* (1569), (Santiago, 1968); Alonso de Góngora Marmolejo, "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575", *Biblioteca de Autores Españoles, op. cit.*, p. 103, describe la deserción de Lautaro: "se levantó de entre ellos un yanacona llamado Alonso, que había sido criado de Valdivia y le había servido de mozo de caballos...que después se llamó Lautaro."
3. Gerónimo de Bibar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* (1558), (Berlín, 1979), p. 206
4. "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago de Azócar, 17 de octubre de 1562", *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo,*

colectados y publicados por José Toribio Medina, 1a. serie,(30 Vols., Santiago, 1888), vol. 12, p. 44. Citados en adelante como *CDIHCh.*

5. Leonardo León, "Expansión inca y resistencia indígena en Chile central, 1470-1536", *Chungará,* 10 (Arica, 1983); "La guerra de los lonkos en Chile central, 1536-1544", *Chungará,* 14 (Arica, 1986); "La resistencia anti-peninsular en Chile central y el rol de los fuertes indígenas, 1536-1545", *CUHSO,* (Temuco, 1987); *Pukaraes incas y fortalezas indígenas en Chile central,* 1470-1560 (London, 1989), 37 pp.
6. René León Echaiz, *El toqui Lautaro* (Santiago, 1971); Carlos Barella Iriarte, *Lautaro Guerrillero* (Santiago, 1971); Benjamín Subercaseaux, *Pasión y epopeya de Halcón Ligero (Lautaro)* (Santiago, 1957); Elías Lizana, "Apuntes para la historia de Lautaro", *Revista Católica,* nos. 32 y 33 (Santiago, 1917).
7. León Echaiz, *op. cit.,* p. 58.
8. Benjamín Vicuña Mackenna, *Lautaro y sus tres campañas sobre Santiago, 1553-1557* (Santiago 1876)
9. Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile* (Santiago, 1955), vol.1, p. 75.
10. Al indicar las referencias bibliográficas siempre es difícil hacer justicia a los imnumerables autores que de una u otra forma han influido en la formación del concepto o idea que se intenta exponer. En la elaboración de este trabajo se debe mencionar a Nestor Meza Villalobos, *La política indígena en los orígenes de la sociedad chilena* (Santiago, 1959) y *Estudios sobre la conquista* (Santiago, 1971); Alvaro Jara, *Guerra y Sociedad en Chile* (Santiago, 1971); Sergio Villalobos, *Una reflexión de la conquista* (Santiago, 1977) y *Historia del Pueblo Chileno* (Santiago, 1981-); Jaime Eyzaguirre, *Ventura de Pedro de Valdivia* (Santiago, 1942) y Andrés Huneus, *La polémica de Indias en Chile* (Santiago, 1965). Sobre aspectos de la sociedad indígena, los trabajos de Louis C. Faron, "The effects of conquest on the araucanian picunche during the spanish colonization of Chile, 1536-1635", *Etnohistory,* vol. VII, no.

3 (1960), pp. 239-307; Jorge Hidalgo, *Algunas notas sobre los mapuches Protohistóricos* (Temuco, 1973); Osvaldo Silva, "Consideraciones acerca del período inca en la cuenca de Santiago", *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, no. 16 (La Serena, 1977-1978) y "Los Promaucaes y la frontera meridional incaica en Chile", *Cuadernos de Historia*, no. 6 (Santiago, 1986).

1. La merma de la sociedad indigena en Chile central

1. Bibar, *op. cit.*, p. 76
2. "Cartas de Pedro de Valdivia", en *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. 131, pp. 6, 18 y 30 respectivamente.
3. Bibar, *op. cit.*, p. 63
4. Mariño de Lobera, *op. cit.*, p 271
5. Ibid
6. "Información de servicios hechos a S. M. en las provincias del Perú y Chile por Rodrigo de Quiroga, gobernador de las Provincias de Chile, 31 de octubre de 1560" en *CDIHCh*, vol. 16, pp 119; veáse también "Probanza de los méritos y servicios del general Juan Jufré en el descubrimiento y población de las provincias de Chile, 1576", en *CDIHCh*, vol. 15, p. 24.
7. Pedro de Valdivia a Hernando de Pizarro, 4 de septiembre de 1545, en Cartas, *op. cit.*, p. 16
8. Declaración de Rodrigo de Quiroga en "Información de los méritos y servicios del capitán Francisco de Riberos, 1563-1564", *CDIHCh*, vol. 17, p. 194; en la Probanza de Pedro de León, el capitán Quiroga manifestaba contradictoriamente que los indios habían dejado de sembrar "por dos o tres años...", "Información de servicios del capitán Pedro de León, con parecer del cabildo y del gobernador Pedro de Villagra, 16 de agosto de 1564", declaración de Rodrigo de Quiroga, *CDIHCh*, vol. 18, p. 336
9. "Proceso de Francisco de Villagra, 1558", declaración de Pedro de Artaño, *CDIHCh*, vol. 22, p. 87; en el mismo proceso, Pedro Gomez don Benito manifestaba "en tres años, poco más o menos,

no quisieron sembrar los indios...", declaración de Pedro Gomez, vol. 22, p. 232

10. "Probanzas de Juan Gomez Almagro y Antonio Tarabajano en el pleito seguido entre ambos sobre la encomienda de indios de Topocalma, 1556-1561", *CDIHCh*, vol. 11 p. 195
11. "Probanza de los méritos y servicios de Santiago de Azócar, 17 de octubre de 1562", *CDIHCh*, vol. 12 , declaración de Juan Godínez, p. 11; información adicional en Thomas Thayer de Ojeda y Carlos J. Larraín, *Valdivia y sus compañeros* (Santiago, 1950), p. 91
12. "Información de Francisco de Riberos...", op. cit,. p 109
13. "Diego de Velasco, vecino de la ciudad de Santiago, con Alonso de Córdoba, de la misma vecindad, sobre ciertos indios, 1577", declaración de Francisco de Riberos, *CDIHCh*, vol 14, p. 458
14. Ibid, declaración de Juan de Cuevas, p. 463
15. Ibid, declaración de Santiago de Azóca, p. 477
16. Diego de Rosales, *Historia General de el Reyno de Chile, Flandes Indiano* (3 Vols., Valparaíso, 1877), vol. 2, p. 381
17. "Probanza de los méritos y servicios del general Juan Jufré en el descubrimiento y población de las provincias de Chile, 1576", declaración de Hernán Páez, *CDIHCh*, vol. 15, p. 82
18. "Fragmento de la información de los méritos y servicios del capitán Pedro de León, 16 de agosto de 1564" *CDIHCh*, vol. 16, p. 420. El mismo León en otro documento reiteraba: "los indios, por andar levantados, no sembraban y había necesidad de para comer y sustentar...", "Probanza de Juan Gomez de Almagro...", *op. cit*. p. 222
19. "Proceso de Francisco de Villagra,...", *op. cit.*, vol. 22 p. 139
20. "Información de los méritos y servicios del capitán Francisco de Riberos...", *op. cit.*, declaración de Juan de Carmona, *CDIHCh*, vol. 17, p. 135
21. Sergio Villalobos, Historia, *op. cit.*, vol. 2, p. 75.
22. "Ynformación de servicios hechos a Su majestad en las provincias del Perú y Chile, por Rodrigo de Quiroga,...", *op. cit.*, declaración de Santiago de Azocar, vol. 16, p. 204.

23. Bibar, *op. cit.*, p. 61
24. Diego Rosales, *op. cit.*, vol. 1 p. 434
25. "Probanza de los méritos y servicios de Santiago de Azocar...", *op. cit.*, vol. 12, p. 98
26. "Ynformación de servicios hechos a Su Majestad en las provincias del Perú y Chile, por Rodrigo de Quiroga,...", *op. cit.*, vol. 16, p. 117.
27. Ibid, p. 184
28. Bibar, *op. cit.*, p. 94
29. "Título de encomienda otorgada a Diego García de Cáceres por el gobernador Pedro de Valdivia, 1ro. de agosto, 1546", *CDIHCh*, vol 13, p. 258
30. "Cédula de encomienda expedida por Pedro de Valdivia a favor de Hernando de Huelva, Concepción 8 de julio, 1552", *CDIHCh*, vol. 28, p. 166
31. "Título de encomienda otorgado por Pedro de Valdivia a Juan Fernández de Alderete", *CDIHCh*, vol. 18, p. 103
32. "Actas del cabildo de Santiago", sesión del 14 de abril de 1553, en *Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, 1861), vol. 1, p. 346. Colección citada en adelante como CHCh.
33. "Fragmento de la información de los méritos y servicios del capitán Pedro de León...", *op. cit.*, declaración de Lope de Ayala, vol. 16, p. 441
34. "Información de servicios del capitán Pedro de León, con parecer del cabildo y del gobernador Pedro de Villagra, 16 de agosto de 1564", declaración de Garcí Diaz, *CDIHCh*, vol 18, p. 277
35. "Proceso...", *op. cit.*, declaración de Juan de Almonacid, vol. 22, p. 323
36. Bibar, *op. cit.*, p. 74
37. "Relación de lo que el licenciado Fernando de Santillán, Oidor de la Audiencia de Lima, proveyó para el buen gobierno, pacificación y defensa de Chile", 4 de junio de 1559, en *CDIHCh*,

vol. 28, p. 284.
38. Actas, sesión del 25 de septiembre de 1549, *CHCh*, vol. 1, p. 207
39. Bibar, *op. cit.*, p. 226
40. Jorge Hidalgo, Algunas notas..., *op. cit.*, p. 26 y ss.; del mismo autor, Las culturas protohistóricas..., *op. cit.*, p. 57 y ss.
41. S. Villalobos, Historia, *op. cit.*, vol. 2,. p. 107; Mariño de Lobera calculaba que de 50.000 naturales que habitaban la provincia en 1541, quedaban solamente 7.000 en 1595, *op. cit.*, p. 257
42. Bibar, *op. cit.*, p. 65
43. Gongora Marmolejo, *op. cit.*,p. 105
44. Mariño de Lobera, *op. cit.*, p. 302
45. "Traslado de un requerimiento hecho a Pedro de Valdivia para que verificase la reformación del repartimiento de la ciudad de Santiago, y pregones que sobre ello mando dar, 6 de julio de 1546", *CDIHCh*, vol. 8, p. 121
46. Bibar, *op. cit.*, p. 161
47. Ibid, p. 119
48. Gongora Marmolejo, *op. cit.*, p. 87
49. "Bando de Pedro de Valdivia, 25 de julio de 1546", citado por Guillermo Feliú Cruz y Carlos Monge Alfaro, *Las encomiendas según Tasas y Ordenanzas*, (Buenos Aires, 1941), p. 97
50. "Encomienda de indios dada por Pedro de Valdivia a Marcos Veas, 14 de noviembre de 1552", *CDIHCh*, vol. 9, p. 456
51. "Juan Godínez, vecino de Chile, con Doña Esperanza de Rueda y Pedro de Miranda, de la misma vecindad, sobre ciertos indios, 30 de diciembre de 1564", *CDIHCh*, vol. 14, p. 251
52. "Testimonio original de información para el cargo y descargo de Pedro de Valdivia, 28 de octubre de 1548" en *CDIHCh*, vol. 8, p.334. A pesar de la defensa hecha por Valdivia, la distribución de las encomiendas estuvo muy lejos de ser equitativa. Francisco de Aguirre reconoció en 1545 que Valdivia le depositó "mill indios con el cacique que se dice Cachapoal, é su heredero Elisaca en los términos desta cibdad en los Poramaucaes, y aquí en este valle de Mapo...(roto) é otro cacique para servicio de mi casa de cien

indios, que se llama Vicelongo, heredero de Longomoro.", "Informaciones de los servicios hechos en las provincias del Perú y Chile por Francisco de Aguirre, 26 de septiembre de 1552", *CDIHCh*, vol. 10, p. 17. En una segunda Probanza, hecha en 1551, Aguirre aumentó el número a "dos mill, seguidores de los caciques Umbarango, de Mapocho, y Atumapante y Andequina", de los promaucaes. Gaspar de Orense, de otra parte, es descrito en posesión de "cuatro o cinco mill indios" mientras Juan Gomez aparece con solamente "trescientos o cuatrocientos", "Probanza de Juan Gomez de Almagro...", *op. cit.,* vol. 11, p. 141. Diego García de Villalón, quien recibió en encomienda a los indios de los caciques Guandopuche, Guandocolque Y Colicoli, fue descrito en 1548 en posesión de "mil é doscientos indios...", "Diego García de Villalón...", *op. cit.,* vol. 12, p. 185

53. "Carta de Pedro de Valdivia al Emperador, 15 de octubre, 1550", *op. cit.,* p. 45
54. "Actas...", sesión 13 de octubre de 1549, *op. cit.,* vol. 1, p. 244
55. Villalobos, Historia, *op. cit.,* p. 161

2. La reconstruccion de la sociedad aborigen

1. Mariño de Lobera, *op. cit.,* p. 275
2. Bibar, *op. cit.,* p. 113
3. "Información de Servicios de Pedro Gomez, 4 de agosto de 1563", *CDIHCh*, vol. 12, p. 54
4. "Información de servicios de Pedro de Villagrán, 11 de septiembre de 1562", *CDIHCh*, vol. 13, p. 10
5. Ibid, p. 93
6. "Información de servicios de Pedro de Villagrán..." *op. cit.,* p. 11
7. Ibid, p. 64
8. Bibar, *op. cit.,* p. 110
9. Carta de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, 4 de septiembre de 1545.." *op. cit.,* p. 10
10. Ibid
11. Bibar, *op. cit.,* p. 113

12. Bibar, *op. cit.*,p. 91
13. Bibar, *op. cit.*, p. 99
14. "Probanza de Juan Gomez Almagro...", *op. cit.*, Título de encomienda otorgado por Pedro de Valdivia a Juan Gomez, 4 de Enero de 1544, *CDIHCh*, vol. 11, p. 8
15. Ibid, Título de encomienda otorgado por Pedro de Valdivia a Juan Gomez, 11 de julio, 1546, *CDIHCh*, vol. 11, p. 9
16. Carta de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, 4 de septiembre de 1545...", *op. cit.*, p. 13
17. "Probanza de Juan Gomez de Almagro...", *op. cit.*, p. 9
18. "Diego García de Villalón, Alguacil mayor de la Paz, con el Fiscal de S.M., sobre restitución de los indios de que fue despojado, 1563", Título de encomienda entregado por Pedro de Valdivia a Diego García Villalón, 4 de enero de 1544, *CDIHCh*, vol. 12, p. 182
19. "Diego García de Villalón...", *op. cit.*, Confirmación de la encomienda otorgada por Pedro de Valdivia a Diego García de Villalón, 6 de julio de 1545, *CDIHCh*, vol. 12, p. 183
20. Ibid, p. 185
21. "Probanza de los méritos y servicios del general Juan Jufré..." *op. cit.*, vol. 15, p. 6
22. Ibid, p. 13
23. "El Fiscal de S.M. con Agustín Briseño, vecino de la ciudad de Santiago de las provincias de Chile sobre los indios de Gualemo; tercero el general Juan Jufré, 2 de marzo de 1568 y 5 de marzo de 1574 ", Título de encomienda concedido a Francisco de Aguirre, *CDIHCh*, vol 15, p. 221
24. "Decreto del gobernador Pedro de Valdivia", *CDIHCh*, vol. 8 p. 120
25. "Juan Godínez, vecino de Chile, con Doña Esperanza de Rueda...", *op. cit.*, vol. 14, p. 220
26. "Memorial del capitán Juan de Mier de Cosio en el que refiere sus servicios y pide que se le haga merced de quince mil castellanos de renta en el Perú ó se le dé el repartimiento que tenía en Chile, año de 1560", *CDIHCh*, vol. 19, p. 66

27. Actas, sesión del 28 de noviembre de 1552, *op. cit.*, p. 317
28. Actas, sesión del 5 de noviembre de 1550, *op. cit.*, p. 260
29. Actas, sesión del 16 de diciembre, 1550, *op. cit.*, p. 262
30. Actas, sesión del 22 de febrero de 1552, *op. cit.*, p. 289
31. Actas, sesión del 27 de febrero de 1552, *op. cit.*, p. 294
32. Actas, sesión del 14 de abril de 1553, *op. cit.*, p. 347
33. Actas, sesión del 4 de agosto de 1553, *op. cit.*, p. 357
34. Carta de Pedro de Valdivia a Hernando de Pizarro, 4 de septiembre, 1545, *op. cit.*, p. 21
35. Bibar, *op. cit.*, p. 121
36. "Información de los méritos y servicios de Francisco de Riberos, 1563-1564", declaración de Juan Gomez, *CDIHCh*, vol. 17, p. 157
37. Ibid, vol. 17, p. 207; veáse también la declaración de Bartolomé Flores: "y si los vecinos no sembraban, padecieran los dichos naturales por falta de comida...", vol. 17, p. 216
38. Actas, sesión del 26 de enero de 1551, *op. cit.*, p. 267
39. Actas, sesión del 2 de enero de 1552, *op. cit.*, p. 286
40. "Probanza de los méritos y servicios del general Juan Jufré...", Cédula otorgada por Pedro de Valdivia a Juan Jufré, 8 de noviembre de 1552, *CDIHCh*, vol. 15, p. 97
41. Ibid, Cédula otorgada por Pedro de Valdivia a Juan Jufré, 14 de noviembre, 1552, *CDIHCh*, vol. 15, p. 98
42. Juan Jufré, "Probanza...", *op. cit.*, vol. 15, p. 26
43. "Mandamiento de su señoría el Señor Gobernador sobre la orden que se ha detener en los pleitos sobre indios, Concepción, 7 de abril de 1553", en Actas, *op. cit.*, , vol. 1, p. 350

3. La politica del despojo y el abuso

1. Actas, sesión del 27 de junio de 1547, *op. cit.*, p. 126
2. Actas, sesión del 10 de marzo de 1546, *op. cit.*, p. 119
3. Actas, sesión del 13 de noviembre de 1552, *op. cit.*, p. 311
4. Actas, sesión del 2 de agosto de 1549, *op. cit.*, p. 200
5. Actas, sesión del 23 de diciembre, 1549, *op. cit.*, p. 221
6. Actas, sesión del 7 de abril de 1553, *op. cit.*, p. 345
7. Citado por Osvaldo Silva, "Consideraciones...", *op. cit.*, p. 220
8. Actas, sesión del 2 de junio de 1547, *op. cit.*, p. 125
9. Tasa de Gamboa, Item 3, publicado por Mario Góngora, "Documentos Inéditos sobre la encomienda de Chile", *RChHG*, no. 123 (1954-1955), p. 211.
10. "Información de Antonio de Tarabajano, 23 de julio de 1555", *CDIHCh*, vol. 15, p. 289
11. "Probanza de don Francisco de Irarrazabal en la causa seguida a su instancia contra Juan Gomez y el fiscal de S.M. sobre la tenencia de ciertos indios del valle de Quillota de las provincias de Chile, 1o. de diciembre, 1565", *CDIHCh* vol. 23, p. 56
12. Mariño de Lobera, *op. cit.*,p. 276
13. Gongora y Marmolejo, *op. cit.*,p. 101
14. "Merced hecha por Pedro de Valdivia a Hernandez Gallego de la mitad del valle de Lampa y compañía celebrada entre ambos, 17 de octubre de 1552", *CDIHCh*, vol. 9, p. 441
15. Actas, sesión del 7 de enero de 1550, *op. cit.*, p. 227
16. Bibar, *op. cit.*, p. 120

4. Lautaro y la ultima guerra de los promaucaes

1. Citado por Osvaldo Silva, "Los promaucaes y la frontera...", *op. cit.*, p. 12
2. Actas, sesión del 30 de enero de 1555,*op. cit.*, p. 470. Al parecer el primer rebrote rebelde se registró en Santiago apenas se tuvieron noticias de la muerte de Valdivia en Tucapel, en diciembre de 1553. "Sabido esto (la muerte del gobernador) por toda la tierra", escribió el cabildo al rey en 1554, "se empezaron a desvengonzar

de tal arte para se alzar que todos los pueblos y ciudades que están pobladas de esta ciudad de Santiago para adelante, estuvieron a punto de se despoblar, y también los naturales de esta tierra, con haber más de diez años que sirven, mostraron querese alzar y ansí lo empezaban a poner por obra...se castigaron algunos caciques é indios que se hallaron culpados y para lo hacer salió de esta ciudad Juan Jufré...", Carta del cabildo de Santiago al rey, 26 de febrero de 1554, *CDIHCh*, vol. 13, p. 408.

3. Bibar, *op. cit.*, p. 228
4. Actas, sesión del 22 de febrero de 1555, *op. cit.*, vol. 1, p. 472
5. Actas, sesión del 9 de diciembre de 1555, *op. cit.*, vol. 1, p. 499
6. Mariño de Lobera, *op. cit.*, p. 356
7. "Proceso...", declaración de Juan Godínez, *op. cit.*, vol. 21, p. 77
8. "Información de los servicios de Simón Alvarez en las galeras de España, en Santo Domingo contra los indios cimarrones, después en Cartagena de Yndias, siendo capitán general y gobernador Francisco de Heredia, y ultimamente en la costa de las Esmeraldas y en el Perú y Chile, 6 de septiembre de 1569", declaración de Ñuflo de Herrera, *CDIHCh*, vol. 19, p. 405
9. "Proceso...", declaración de Luis de Cartagena, *op. cit.*, vol. 22, p. 111
10. "Proceso...", declaración de Rodrigo Gonzalez, *op. cit.*, vol. 21, p. 367
11. "Información de servicios y varios documentos particulares referentes a Gaspar de Villarroel, 4 de agosto de 1563", declaración de Juan Nuñez Castro de Olea, *CDIHch*, vol. 17, p. 90
12. "Proceso...", *op. cit.*, declaración de Pedro Gomez don Benito, vol. 22, p. 224
13. Ibid, declaración de Juan Jufré, p. 487
14. "Juan Godinez, vecino de Chile, con Doña Esperanza de Rueda...", declaración de Gonzalo de los Ríos, *op. cit.*, vol. 14, p.257)
15. Bibar, *op. cit.*, p. 194
16. "Fragmento de la información de servicios del maestre de campo

general Lorenzo Bernal del Mercado, 4 de marzo de 1577", *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo* (6 vols., Santiago, 1907) Segunda Serie, vol. 6, p. 183. Citados en adelante *CDIHCh* (2)

17. "Probanza ad perpetuam rei memorian...", declaración de Fernando de Paredes, *op. cit.*, vol. 14, p. 201
18. "Proceso...", declaración de Juan Godínez, *op. cit.*, vol. 22, p. 480
19. Bibar, *op. cit.*, p.194
20. "Proceso...", declaración de Juan Jufré, *op. cit.*, vol. 22, p. 504
21. "Fragmento de la información de servicios de Lorenzo Bernal", *op. cit.*, *CDIHCh* (2), vol. 6, p. 184
22. En los testimonios se confunden repetidamente los sitios de Peteroa y Mataquito; aparentemente, ambos fuertes fueron construidos muy cerca uno del otro, en el valle de Mataquito, cercanos al pueblo de indios de Peteroa.
23. "Proceso...", declaración de Diego Cano, *op. cit.*, vol. 21, p. 366
24. Gongora y Marmolejo, *op. cit.*, p.121
25. "Proceso...", declaración de Diego Cano, *op. cit.*, vol. 21, p.367
26. Gongora y Marmolejo, *op. cit.*, p. 121
27. Mariño de Lobera, *op. cit.*, p. 356; veáse también Gongora y Marmolejo, *op. cit.*, p. 121
28. "Carta de Francisco de Villagra a S.M., 24 de enero de 1558", *CDIHCh*, vol. 28, p. 150
29. "Información de los servicios hechos a S. M. por Juan Gomez...", *op. cit.*, vol. 14, p. 161
30. La ubicación exacta del fuerte de Mataquito pareciera ser en la ribera izquierda del río del mismo nombre, frente al pueblo de indios de Mataquito, al sur de Peteroa. Además de las informaciones de Pedro de León, Nuño Hernández y Juan Jufré, veáse Ignacio Molina, *The Geographical, Natural and Civil History of Chile*, (2 Vols., Paternoster, England, 1809) vol. 2, p. 166 y René León Echaíz, "Historia de Curicó" en RChHG, no. 114 (1949), pp. 299-301
31. "Información de los servicios de Pedro de Villagrán...", *op. cit.*,

vol. 13, p. 38; veáse también declaración de Alonso de Cordoba, p. 136

32. Gongora y Marmolejo, *op. cit.*, p. 121
33. "Proceso...", declaración de Pedro de Villagrán, *op. cit.*, vol. 21, p. 30
34. "Proceso...", declaración de Jeronimo de Bibar, *op. cit.*, vol. 22, p. 293
35. "Proceso...", declaración de Diego Cano, *op. cit.*, vol. 21, p. 367
36. "Proceso...", declaración de Alonso de Escobar, *op. cit.*, vol. 22, p. 529
37. "Probanza de los servicios del Maestre de Campo Cristobal Martin de Escobar y su hijo el capitán Alonso de Escobar y demás contenidos en ella, que los dichos hicieron a S.M. en el reino del Pirú y en el de Chille, cuyos primeros conquistadores fueron, a pedimento del capitán Pedro de Escobar, hijo y nieto de los susodichos, para las pretensiones de el Licensiado Alonso de Escobar y Mendoza, prebístero, hijo y nieto de los sobredichos, 9 de agosto de 1581", declaración de Alonso Perez de la Raigada, *CDIHCh*, vol. 12, p. 373
38. "Proceso...", declaración de Alonso de Escobar, *op. cit.*, vol. 22, p. 531
39. "Proceso...", declaración de Alonso de Escobar, *op. cit.*, vol. 22, p. 531
40. "Proceso...", declaración de Alonso de Alvarez, *op. cit.*, *CDIHCh*, vol. 22, p. 594
41. "Probanza de los méritos y servicios del general Juan Jufré...", declaración de Cristobal de Varela, *op. cit.*, vol. 15, p. 46
42. Bibar, *op. cit.*, p. 196
43. "Fragmentos de la información de los méritos y servicios del capitán Pedro de León,..." *op. cit.*,vol. 16, p. 425; una referencia similar con respecto al daño causado por Lautaro en las minas de Maule fue hecha por Rodrigo Gonzalez, "Proceso...", *op. cit.*, vol. 22, p. 190.
44. "Información de los servicios hechos a S.M. por Juan Gomez...",

op. cit., declaración de Pedro Aguayo, vol. 14, p. 161
45. Mariño de Lobera, *op. cit.*, p. 358
46. "Información de los servicios hechos a S.M. por Juan Gomez,..." *op. cit.*, vol. 14, p. 149
47. "Información de los servicios del capitán Pedro de León...", declaración de Diego Carmona, *op. cit.*, vol. 18, p. 342
48. Quiroga, *op. cit.* p. 113
49. Bibar, *op. cit.*, p. 197
50. Mariño de Lobera, *op. cit.*, p. 359
51. "Información de los servicios de Nuño Hernández de Solomon, 27 de junio de 1569", *CDIHCh*, vol. 23, p. 213; Juan Pascual de Ibaceta corroboró la información en p. 218 del mismo volumen.
52. "Carta de Francisco de Villagra", *op. cit.*, vol. 28, p 150; Juan Ruiz de León afirmó en su Información que Lautaro se encontraba "con mucha gente de guerra que consigo tenía, de donde corría y hacía daño. Lautaro fue muerto y más de seiscientos naturales de su gente.", "Información de servicios de Juan Ruiz de León, 9 de febrero de 1573", *CDIHCh*, vol. 23, p. 374
53. "Probanza de Juan Gomez Almagro...", *op. cit.*, declaración de Pedro de León, vol. 11, p. 226; Diego García Altamirano apuntó en 1574 que en Mataquito fueron "desbaratados los dichos indios é muerto el dicho Lautaro é gran parte de los que le seguían...", "Fragmento de la información de servicios de Diego García Altamirano, hecho de oficio en la Real Audiencia de la ciudad de la Concepción, 5 de noviembre de 1574", *CDIHCh*, vol. 15, p. 450
54. "Proceso...", declaración de Marcos Veas, *op. cit.*, vol. 22, p. 193
55. "Proceso...", declaración de Diego Carmona, *op. cit.*, vol. 22, p. 439
56. "Proceso...", declaración de Juan Godínez, *op. cit.*, vol. 22, p. 482
57. "Probanza ad perpetuam rei memorian hecha por parte de Sebastián Martínez de Vergara ante la justicia ordinaria desta ciudad de Santiago del Nuevo extremo, provincia de Chile, la cual es de los méritos y servicios quel dicho Sebastián Martínez de Vergara ha hecho a S.M., la cual se hizo con citación del fiscal de la Justicia real, 1o. de diciembre de 1559", declaración de Enrique

Gutierrez, *CDIHCh*, vol. 14, p. 182; veáse también declaraciones de Gabriel de Guzman, p. 199; Diego Diaz, en otra Probanza, declaraba: "hasta el día de hoy (1576) los indios de los dichos Promocaes han estado quietos é pacíficos.", "Probanza de los méritos y servicios del general Juan Jufré...", *op. cit.*, vol. 15, p. 36.

Printed by Reprographic Services, with the collaboration of the Computing Laboratory, University of St. Andrews.



ISBN 1 873617 00 3

£4.95